

El Artista y Otros Poemas

Gonzalo
Báez-Camargo



El Artista y Otros Poemas

POR
GONZALO BAEZ-CAMARGO

Primera edición 1945.
Segunda edición 1965.
Tercera edición 1987.

© 1987, CASA UNIDA DE PUBLICACIONES, S. A.
ISBN 968-7011-16-5
Miembro de la Cámara Nacional
de la Industria Editorial. Registro No. 441.

Diseño y formato:
Rodolfo Espinosa C.

Todos los derechos reservados.
Queda hecho el depósito que marca la ley.

CASA UNIDA DE PUBLICACIONES, S. A.
Apartado Postal 97-Bis
06000 México, D. F. México.

DOS PALABRAS DEL AUTOR

(Sobre la primera edición)

Si por mí fuera, las composiciones que forman este volumen se habrían quedado ahí, dispersas en revistas y periódicos, donde me llevó a publicarlas la audacia de la juventud y la condescendencia en que a veces incide la madurez, o sepultadas en las gavetas de mi mesa de trabajo.

Siempre que alguien me sugirió, o que un impulso interno me insinuó, su publicación en forma de libro, consideré tal cosa como una tentación que debía rechazar, pues estoy convencido de que es bien poco lo que valen.

Debo a la cariñosa insistencia de mis dos grandes amigos sudamericanos Daniel y Maruja Lurá Villanueva, el haber sucumbido a la tentación esta vez. Excúseme el lector, considerando que es muy humano el tener debilidades y que hay amistades capaces de quebrantar cualquiera negativa.

Unicamente vaya en mi abono esta confesión: sigo creyendo que los poemas de este volumen, con todo y ser una selección de lo "menos peor," tienen valor muy escaso, que no logró aumentarles para nada el retoque a que fueron sometidos antes de salir de aquí. Pero ahí van, sin mayor pulimento y sin intento alguno de agruparlos por época o asunto.

Y no pido para ellos, como es de cartabón, la indulgencia del lector, no porque no la necesiten, sino porque no la merecen cuando son reos del atrevimiento de presentarse en público. Mas si, a pesar de todo, algún lector pudiera hallar en este libro un granito de inspiración y complacencia, podrá sentirse grandemente aliviada la

conciencia del autor. Y la de los editores, cuya fe al publicarlo ha sido tan arriesgada como la que se propone que los montes cambien de lugar.

—G. B.-C.

México, otoño de 1945.

UNA PALABRA MAS

(*Sobre la segunda edición*)

Y es por insistencia, no menos cariñosa, de otro grande amigo, Honorato Reza, como reincido, accediendo a que aparezca esta segunda edición. No tengo nada que añadir a lo que dije sobre la primera, salvo que la tentación fue más fuerte que la otra vez, debido a que, al agotarse esa edición, persistió la demanda.

Como atenuante—¿o más bien agravante?—he añadido a la presente edición unas cuantas composiciones escritas en diversa época, de las cuales algunas son inéditas. A los editores, y a los lectores antiguos y nuevos de este libro, va mi más rendida gratitud.

—G. B.-C.

México, primavera de 1965.

CONTENIDO

| | <i>Página</i> |
|--|---------------|
| Blasón | 9 |
| Prefacio al Oído de un Pájaro | 9 |
| El Artista | 11 |
| Jesús Lloraba | 13 |
| Tú no Has Muerto | 15 |
| Mors | 17 |
| Incendio | 18 |
| Procelaria | 20 |
| El Dice | 21 |
| Así Dijeron | 22 |
| El Día Viene | 22 |
| Venganza | 23 |
| Renovación | 23 |
| Purificación | 24 |
| Marcha Fúnebre de Chopín | 25 |
| Un Poco de Ensueño | 29 |
| A un Arido Razonador | 30 |
| Vox Dei | 31 |
| Camino de Emmaús | 32 |
| La Carga | 33 |
| El Arbol Viejo | 34 |
| El Caballito | 35 |
| Las Manos de Cristo | 36 |
| Recogimiento | 37 |
| El Don | 38 |
| Retorno | 38 |
| Melodía de Navidad | 39 |
| Pedro Contesta a Cristo | 40 |
| Don Quijote en América | 42 |
| ¡Dejad en Paz a Cristo, Generales! | 45 |
| Tríptico del Alba | 48 |
| Himno al Dolor | 51 |

| | |
|---|----|
| El Mago | 53 |
| Vida Plena | 54 |
| La Limosna | 55 |
| Oración de Niño | 56 |
| Balada de los Niños Pobres | 57 |
| La Voz de la Campana | 60 |
| Prosapia Azteca | 62 |
| La Envidia | 63 |
| Ley de Amor | 63 |
| Servir | 64 |
| La Nada | 65 |
| Cuando Me Llames | 65 |
| La Cabaña | 66 |
| El Portador de la Antorcha | 67 |
| Cristo | 68 |
| Comunión en Cristo | 70 |
| Canto a los Mártires | 71 |
| Improntas Bíblicas (Mujeres de la Biblia) | 74 |
| La Mujer de Lot | 74 |
| Jezabel | 75 |
| Salomé | 75 |
| Sarai | 76 |
| La Hija de Jefté | 76 |
| La Adúltera | 77 |
| Las Mujeres Ante la Cruz | 78 |
| María de Bethania | 79 |
| Eva | 81 |
| La Hija de Faraón | 82 |
| Ana | 82 |
| La Samaritana | 83 |
| Rut y Noemí | 83 |
| Las Dos Mujeres | 84 |
| La Viuda de la Ofrenda | 84 |
| La Sulamita | 85 |
| La Mujer Fuerte | 85 |
| María, la Madre de Jesús | 86 |

BLASON

No es el cisne de nieve que amaba Darío,
el de líneas serenas de blanco alabastro,
el que deja temblores de espuma cual rastro
en las ondas del claro remanso del río.

No es el "buhu sapiente" el blasón que hago mío,
el que busca en la noche el secreto del astro,
ni el ciprés misterioso que amó Zoroastro
y adoraron los parsis en culto sombrío.

¡Cuán excelso es leer el abstruso universo!
Mas yo anhelo cual signo de luz de mi verso
la abejita que liba en las flores las mieles,

y llevando en sus alas el polen fecundo
del amor y la vida, lo riega en el mundo
para hacer que florezcan en él los vergeles!

PREFACIO AL OIDO DE UN PAJARO

Avecilla armónica
de sutil garganta,
que lleva escondidos
como en un pentágrama
fornado de plumas,
trémolos y gamas,
cascadas de trinos,
profusión de escalas:
suspende tu vuelo,
ven a mi ventana.

¿Sabes? El invierno
vendrá con su helada
y sus vientos crueles

y sus tardes pálidas.
Ni un ave se mira
saltar en las ramas,
jugar con las flores,
reír con las aguas.

Ni un ave se escucha
como otras mañanas,
romper el rosario
de cuentas sagradas
que a veces son risas
y a veces son lágrimas . . .

Tú sola te muestras,
pero de pasada,
pues vas en tu viaje
hacia tierras cálidas.
Ya que vas de paso,
ven a mi ventana
y antes que te marches
dulcemente canta,
que con tus gorjeos
las penas se ablandan
y en mi pecho corren
ríos de esperanza.

Canta, ya que tienes
tan dulce garganta
que lleva escondidos
como en un pentágrama,
profusión de trinos,
trémolos y gamas.

Ay, tu vida es corta.
Ave errante, pasas,
pero no te quedas
del todo olvidada
porque vas dejando,
pasajera plácida,

ecos de armonías
y huellas de escalas.

Yo también soy ave
que va de pasada,
cantando sus dichas,
rimando sus lágrimas.

Cuando el frío invierno
venga con su helada
y sus vientos crueles
y sus tardes pálidas,
hacia otras regiones
tenderé las alas
en busca de abrigo,
cual tú, ave hermana.

¡Quién me concediera
dejar en el alma
de los que me oyeron
cantar de pasada,
el eco de un trino
de fe y esperanza!

EL ARTISTA

Cuando el cincel hirió por vez primera
el bloque de granito,
un hondo grito
lanzó, como si fuera carne viva,
de aquella roca la partida entraña:

—¡Piedad, Señor! ¡Qué saña,
qué furia cruel y loca
te anima contra mí? ¡Por qué me hieres?
¡Qué tengo yo contigo? ¡Qué me quieres?
En el regazo de mi madre roca,
yo me hallaba feliz, en mi existencia
tranquila y olvidada . . .

¡Feliz en la inconsciencia de mi nada
y nada en lo feliz de mi inconsciencia!
Mas hoy, tu hierro, en chispas encendido
¡con qué furor insano
arranca trozos de mi pecho herido!
¡Aparta! ¡Déjame! ¡Detén tu mano!

.....
¡Un golpe! ¡Y otro golpe!
¡Otro más! ¡Otro! ¡Y otro! ¡Y otro todavía!

El Artista callaba y proseguía . . .
aunque tenía el corazón pungido
por el dolor de aquella piedra que gemía . . .

* * *

Y así, bajo los golpes del cortante
cincel, batido por el mazo,
fuese abriendo aquel bloque
como si fuera carne palpitante . . .
A cada golpe, un fúlgido chispazo.
A cada golpe, un grito . . .
¡un grito y una forma que surgía
del bloque de granito!

Martirizada gestación, tormento
hecho fecundo por la milagrosa
mano, que ora con vigorosa
incisión o con leve tocamiento,
iba sacando de la amorfa masa,
conforme a sus designios inspirados,
aquí, un suave contorno, allí una arista . . .
¡Dolor! ¡Cincel creador en manos del Artista!

Y así, del bloque aquél surgió una Forma
en que alentó la vida.
En el pecho de piedra,
pulsó vivo, caliente, enternecido,
al fin un corazón . . .

En los ojos de piedra,
una caliente lágrima brilló . . .
En los labios de piedra,
agradecida, reverente, humilde,
tembló por fin la voz:

—Perdóname, Divino
Artista del Amor y del Dolor . . .
¡Perdóname, Señor! ¡Yo no sabía! . . .

* * *

El Artista callaba y sonreía . . .

JESUS LLORABA . . .

(San Juan 11:35)

Lázaro estaba muerto . . . Cuatro días hacía
que la fúnebre losa sepultaba su cuerpo,
y el Maestro anhelado—Jesús—no venía . . .
¡Lázaro estaba muerto!

Y por eso lloraba María,
la gentil judía
más blanca que un ampo de nieve,
y por eso un leve
calosfrío de muerte su cuerpo invadía.

Por eso de Marta el angélico rostro,
pálido estaba, con palidez de tumba,
y en sus pestañas de oro, como en engarce fino
temblaban de sus lágrimas las perlas turbias . . .

Marta oyó que Jesús estaba cerca
y salió a recibirle.
El rostro del Rabbí estaba tranquilo:
no estaba triste.
Alguien diría,
que no sentía;
pero Jesús “amaba
a Lázaro y a Marta y a María” . . .

En el sendero, Jesús y Marta hablaron:

—Señor, no hubiera
muerto mi hermano
si Tú hubieras estado . . .

Los blancos lirios,
de oír tratando se doblegaron . . .
Llovían flores de los olivos . . .
Una paloma pasó volando . . .

Hablaba Cristo:

—Soy la resurrección y soy la vida.
El que en Mí cree, aunque haya muerto
vivirá eternamente, y el que vive creyendo
no morirá jamás. ¿Crees esto?
—¡Señor, sí creo!

Y fue Marta a llamar presto a María:

—El Maestro está aquí. Ven. El te llama . . .
María vino y repitió doliente:
—Si tú hubieras estado, Señor . . .
Y sollozaba.

Preguntó Jesucristo: ¿Dónde está?

—Ven y ve—le dijeron.

Y lloraba Marta y lloraba María,
y lloraban también los judíos
que con ellas venían.

Y ante aquel cuadro de dolor y lágrimas,
se conmovió el espíritu de Cristo . . .

El sol palideció. La blanda brisa
se posó en las palmeras de Bethania;
los cantos de las aves se acallaron,
y ante el Hijo de Dios, el universo
en suspenso quedó

Jesús lloraba . . .

En Sarón florecían los rosales . . .
¡Oh Amor! ¡Oh Corazón! ¡Oh Lágrimas!

TU NO HAS MUERTO

Madre, madre: yo sé que tú no has muerto
y que en aquella tarde me engañaron
cuando la negra caja se llevaron
y nuestro humilde hogar quedó desierto.

¿Que estabas muy enferma? Sí, ¿Que un día,
por mucho que trataron de alejarme,
logré entre las cortinas ocultarme
y ver cuando empezaba tu agonía?

Sí, lo recuerdo bien: tu frente pura,
tus entreabiertos labios, tu mirada
comenzando a apagarse, mas clavada
con insistencia mística en la altura.

Invadía un pavor desconocido
mi espíritu infantil . . . Luego, me vieron
y me echaron de ahí. ¡Qué crueles fueron!
¡Nunca habrán aquel crimen comprendido!

Hoy que el tiempo ha pasado, ¡cómo siento
no haber podido recoger de hinojos
tu mirada postrera con mis ojos
y con mis labios tu postrer aliento!

Tal vez, próxima al fin, con voz quedita
me llamaste queriendo despedirte,
y yo no estaba ahí para decirte:
“¡No te vayas tan pronto, mamacita!”

Cuando me permitieron el regreso
me acerqué al ataúd en que yacías.
Te iba a besar . . . mas viendo que dormías
detuve entre mis labios aquel beso.

Es verdad que instintiva la conciencia
de mi orfandad se despertó entre tanto
y que se resolvió en un mar de llanto
el primer gran dolor de mi existencia.

Y también es verdad que algo muy raro
me abrió en el corazón sangrienta herida:
el dolor de una eterna despedida,
la hiel de un infinito desamparo.

Pero al mirar tu caja aún abierta,
una voz interior me daba calma,
y me nació en lo íntimo del alma
la convicción de que no estabas muerta.

Luego el cortejo aquél, largo y sombrío . . .
la caja en hombros . . . el panteón . . . la fosa . . .
y en el fondo del ser una angustiosa,
una indecible sensación de frío.

Muchos lloraban en silencio cuando
la caja descendió a la sepultura.
Yo no lloré. ¡Me pareció impostura
el decir que te estaban enterrando!

Es muy cierto, muy cierto que te fuiste;
que aquel hogar risueño de mi infancia,
donde eras tú la luz y la fragancia,
al volver me lo hallé vacío y triste . . .

Y con todo yo sé que no fue cierto
que en aquel ataúd te sepultaron.
Yo sé, madre, muy bien que me engañaron
y que tú no te has muerto . . . ¡no te has muerto!

Calco tu imagen por doquier que miro,
con dulce y melancólica insistencia.
¡Es que impregna mi amor de tu presencia
cada átomo del aire que respiro!

Me trae tu voz el céfiro que tiende
sobre el jardín sus alas rumorosas
y bajo las pestañas luminosas
de las estrellas, tu mirar esplende.

Yo sé que vienes, cariñosa y buena,
a consolarme cuando estoy enfermo,
cuando estoy triste a compartir mi pena
y a acariciar mi frente cuando duermo.

—¿En dónde estás?—exclamo cuando ansío
rasgar el velo cruel que te me esconde,
y oigo tu amante voz que me responde:
—¡Aquí en tu corazón, hijito mío!

¡Aquí en mi corazón! ¿Ves cómo es cierto
que aquella tarde triste me engañaron
y que mentira fue que te enterraron?
¡Madre, madre! ¿Ya ves cómo no has muerto?

Viva estás para mí, porque encendido
como inextinta lámpara fulgente,
tu recuerdo no pasa de mi mente:
¡la muerte verdadera es el olvido!

Viva estás para mí. Ni una ceniza
cubre el sagrado fuego en que me inflamo.
Viva estás para mí, porque te amo,
y el amor, a los muertos eterniza!

Y pues mi amor le impide retenerte,
en el sepulcro aquél no estás cautiva.
Tú nunca has de morir mientras yo viva:
¡El amor es más fuerte que la muerte!

MORS

Madre:

Quiero morir cual tú, con esos mismos
presentimientos celestiales
que alumbraron tu espíritu
en tu postrer instante.

Que cuando deje el mundo,
haya en mis ojos esa misma

quietud que hubo en los tuyos;
esa paz que tuvieron tus pupilas
en tus momentos últimos.

Que haya en mi frente
la misma placidez que hubo en la tuya;
la misma tenue
claridad misteriosa de la altura
que coronó tus sienes
en tus inolvidables horas últimas.

Que haya en mi pecho
el mismo reposado aliento
que hubo en el tuyo:
el mismo aliento infatigoso y dulce
de tus instantes últimos.

Que haya en mi alma
tu fe, tu amor, tu paz y tu dulzura,
esas fulguraciones de esperanza
y esa tranquilidad inalterada
con que volaste a tus mansiones últimas.

Con las mismas quietudes mi pupila
y con la misma placidez mi frente;
con tu amor y tu fe mi alma tranquila,
quiero morir cual tú: serenamente . . .

INCENDIO

*Each purple peak, each flinty spire
Was bathed in flood of living fire.*

—SCOTT

—Pero, pajarillos,
decidme qué pasa,
por qué tanto grito,
por qué tanta charla.
La tarde es tranquila,

no hay ruidos ni nada
que os ponga, miedosos,
en tan gran alarma.

—¡No sabe!

—¡Qué torpe!

—Cuando escribe versos
no se fija en nada . . .

—Pero ¿qué sucede?

Decidme qué pasa.

—¡Allá en el Poniente!

—Quemó el sol la lana . . .

—¡Sí, por descuidado!

—¡. . . de las nubes blancas!

—Como hacía viento

se corrió la llama.

—¡Y se ardió la seda

del cielo!

—¡Qué lástima!

—¡Era muy hermosa!

—Azul y violada.

—¡Y no hay quién apague?

—Pero ¿quién lo apaga?

¡Ni del mar lejano

bastaría el agua!

—¡Qué terrible incendio!

—¡Que espanta!

—¡Que espanta!

—Del sol es la culpa.

—¡Por quemar la lana!

—¡Hasta a los volcanes

les arden las canas!

—¡Qué rojo!

—¡Qué infierno!

—¡Qué gran llamarada!

—¡Se queman los cielos!

—¡Arden las montañas!

—¡Huyamos al nido!

—¡Vamos a las ramas!

.....

Huyeron las aves
tan alborotadas,
que quedé pensando:
¿De qué incendio hablan?
Salgamos a verlo.
Es cosa muy rara
que el cielo se incendie
y las nubes ardan . . .

La tarde estaba clara y sosegada;
El cielo, muy azul, y parecía
Un joyel de viviente pedrería
La campiña en los valles engastada.

En el poniente, densa llamarada
El sol agonizante despedía,
Cual pira inmensa que al morir el día
Se hallara en los espacios levantada.

Como en los ritos del lejano oriente,
Quemaba su cadáver reluciente
El sol envuelto en inflamados velos.

Y allá, por los abiertos horizontes
Ardían los volcanes y los montes,
Se incendiaban las nubes y los cielos!

PROCELARIA

I

¡Ah, si pudieran verse las tremendas
Tempestades que agitan a las almas! . . .
Muchos rostros ocultan con su calma
El horrible fragor de una tormenta . . .

La envidia, la calumnia, las ofensas,

El rencor, la injusticia ¡cómo arrancan
En girones sangrientos las entrañas
Con el gozo insensato de las fieras!

¡Cuántas ansias se pierden en su seno!
¡Qué de ardores se hielan con su hielo!
¡Qué de ensueños se extinguen por su culpa!

Y en el hondo tumulto de la lucha
¡Cuántos hombres sucumben porque vieron
Que la fe se apagaba entre sus brumas!

II

Pero surge el amor. Su luz radiosa
Tiene rayos que son inextinguibles;
La fe devuelve y su brillar dirige
Como lámpara mágica en las sombras.

Filigranas de luz eterna borda
En las almas sangrantes de los tristes,
Y su inmortal fulguración redime
En el Calvario al pecador que implora.

Cesa del trueno el retumbar bravío
Y se pierde rodando su sonido
En las ásperas cumbres de la sierra.

Mientras canta sus himnos la esperanza,
Sobre el Mar Tiberiades de las almas
Pasa el Divino Mártir de Judea! . . .

EL DICE . . .

—¡Qué intenta ese pobre pecador prosternado
Que azota sus carnes con un sordo gemido?

—¡Hallar el Camino!

—¡Y el sabio ignorante, el que estudia el misterio
De la oscura materia o el espacio estelar?

—¡Hallar la Verdad!

—¿Y el químico iluso que combina sustancias
Soñando un elixir con ansiosa alegría?

—¡Encontrar la Vida!

—¿Y Cristo?

—No lo oyen, ni siquiera lo miran,
Y El dice a su lado, con su tierna sonrisa,
Los brazos abiertos y las manos tendidas:
Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida.

ASI DIJERON . . .

Era el campo aprestando su grácil cordaje;
Era un claro de luna besando las cosas;
Era un cielo cubierto de estrellas radiosas
Sobre el hondo silencio del vasto paisaje.

De improviso se oyó cual rumor de oleaje
Y se alzó como un grito de voces ansiosas:
—¿Do está Dios?—A lo lejos temblaron las rosas
Y hubo un vago suspiro en el verde ramaje.

Todo, entonces, despierto surgió a nueva vida:
—¡En las almas!—vibró la respuesta encendida
Y un gran himno armonioso a la altura alzó el vuelo.

—¿Do está Dios?—repetía el tumulto insensato.
Y pasaron las gentes en raudo arrebató.
¡Sordos, sordos al himno del campo y del cielo!

EL DIA VIENE

Deja que me asaeteen los dolores,
Deja que la tormenta se desate
Sobre mi frente mustia, y arrebate
De mi alegre jardín todas las flores . . .

Deja que con sus rayos tronadores
El huracán mis frondescencias mate,

Y en bárbara explosión de furia trate
De apagar mi ilusión con sus terrores.

Con tintes de crepúsculo muriente,
Va declinando el día tristemente,
Envuelto en la mortaja de la niebla . . .

Mas un raudo tropel de aves canoras
Anunciará que al fin de la tiniebla
Brotó una augusta majestad de auroras!

VENGANZA

¡Pega en mi pecho! Hiera enfurecida
Tu adunca daga mi vital entraña;
Troncha mi cuello como débil caña
Y apaga en mí tu cólera encendida.

Rasga mi corazón y sea ungida
Tu mano con mi sangre que la baña,
Que en pago de tu inquina y de tu saña
Mieles y aromas te dará mi herida.

Y cuando a ti te hieran, y un amigo
No hay que te ofrezca bálsamo ni abrigo,
Ven . . . ¡y me vengaré de tus agravios!

¡Sí! No te tardes, ven; que yo te espero
Con los brazos en cruz sobre el sendero
Y el perdón floreciendo entre los labios!

RENOVACION

Yo, como Elías, huyo del tumulto
del mundo que escarnece y abomina.
Yo, como Elías, dejo Palestina
y en una cueva de tu Horeb me oculto.

La calumnia, princesa del insulto,
Jezabel que persigue y asesina,
a todos tus profetas extermina
porque no quieren a Baal dar culto.

Yo quedo el único, y ya ves, me escondo.
Confórtame, Señor, dame del hondo
manantial de tu esfuerzo y tu energía.

Y así, como robusto peregrino
que el ardor del desierto desafía,
emprenderé de nuevo mi camino.

PURIFICACION

En el templo del alma, que es Tu Casa,
¡Oh, Señor!, las pasiones
han formado su cueva de ladrones.

Señor, contempla lo que pasa
en este corazón . . .
¡Y lo habías creado
porque fuese llamado
Tu Casa de Oración!

Señor, Señor,
gime por Ti mi espíritu y ansía
que llegue pronto el luminoso día
de tu Entrada Triunfal,
cuando, así como arrasa
el tamo el vendaval,
mis pasiones
azotará tu santa indignación
y arrojarás a todos los ladrones
del templo de mi alma, que es Tu Casa,
Tu Casa de Oración! . . .

MARCHA FUNEBRE DE CHOPIN

(Para melopeya)

Compacto y oscuro, como una angustiosa
Procesión infinita de sombras y espectros,
Desfila el doliente
Fúnebre cortejo,
Con rumbo a la oscura
Ciudad de los Muertos.

Un lampo perdido del sol moribundo,
Adorna las pálidas frentes con místico beso,
Y tiembla en los cálices blancos
Que cubren de nieve y aromas el féretro . . .

Y avanza el desfile . . . y avanza el desfile
Como un río negro
Que fuera arrastrando coronas de flores,
Y lento . . . muy lento,
Como si rehusara llegar a la tumba
Que espera, las fauces abiertas, el lívido cuerpo;
Como si quisiera volverse infinito
Y, llevando su muerto,
Caminar, caminar, caminar para siempre,
En un viaje de llanto y angustia al través de los tiempos!

Ya Vésper enciende su lámpara trémula;
Ya despierta tocando sus flautas el viento,
Y, al poniente, se cubren de triste
Lividez de cadáver los cielos.
Suenan el doble lejano . . . Las graves campanas
Desparraman sus lúgubres ecos,
Mientras lloran violines y cítaras
Y se quejan los cellos . . .
Hora triste, hora cruel, hora lóbrega
De obsesión y de duelo;
Con sabores de hiel a los labios apuntan
Los gritos incrédulos;
Angustias ignotas

Oprimen el pecho;
Las frentes se inclinan marchitas y frías
Y el alma estrangula una horrible tenaza de hielo! . . .

¡Qué cerca se siente la muerte! ¡Qué cerca!
Parece que flota en el aire su gélido beso;
Se adivina su negro puñal en la sombra;
Se sienten ahogar la garganta sus álgidos dedos!
Y la Vida, la dulce, la fiel Bien-Amada,
Qué lejos . . . qué lejos . . .
Parece que el cielo y la tierra se hundan,
Y, frente al Misterio,
Adquiere grandeza infinita
La "Esfinge" inmutable que cantara Nervo.
¿Y el Hombre? ¿Y el Hombre? ¡El Hombre! . . .
¡Qué puede a pesar de su gesto soberbio
Cuando llega la Muerte!
¡Miseria! Es un polvo que arrastran los vientos . . .

Y avanza . . .
Y avanza en silencio . . .
Y avanza en silencio angustioso . . .
Y avanza con pasos unísonos, huecos,
El negro desfile de sombras humanas y tristes
Que pasa llorando con rumbo a la oscura Ciudad de los
Muertos!

De pronto, cual frío
Puñal que traspasa las almas y cuerpos,
Conmueve los aires
Un hondo lamento,
Un hondo gemido de angustia, de amor, de agonía,
Que crispa los nervios
Y que deja vibrando en el fondo del alma
Sus ríspidos ecos.
¡Amarguísimo llanto!
La viuda . . . los huérfanos!
Y el Dolor que remacha sus crueles cadenas
Y cautivos los ata a su carro sangriento!

Al oírlo, por fin en los labios
Revientan los gritos blasfemos:
"Señor, si Tú existes, si vives, si amas,
Si es misericordia tu divino pecho,
¿Por qué nos arrancas a aquellos que amamos?
¿Por qué los arrojas, Señor, en el polvo del yermo?
La Muerte, tu esbirro, nos hiere implacable
Y deja en las almas, cual hórrido cieno,
Desesperaciones, infortunio, cólera,
Dolores y duelos!
Tantas ilusiones, tantas esperanzas,
Tantos ideales y tantos ensueños
Deshechos de un golpe,
Marchitos a un tiempo . . .
¡Vivamos la vida
Sin fe y sin anhelos!
¿La gloria? ¡Bajeza!
¿La fama? ¡Desprecio!
¿La verdad? ¡Mentira!
¿Las dichas? ¡Ajenjo!
¿La bondad? ¡También.
Sucumben los buenos!
La tumba es un monstruo insaciable
Y todo termina en su cónvaco negro!
¡Por qué tanta lucha!
¡Por qué tanto esfuerzo!
A asquerosos gusanos un día
Servirá de festín nuestro mísero cuerpo!"

Compacto y obscuro prosigue el desfile,
Procesión dolorosa de humanos espectros
Que marchan dolientes,
Con pasos cansados y lentos . . .
Y avanza . . . Y avanza
Cual símbolo eterno
De un mundo que rueda invariable
Al oscuro País del Misterio . . .

¡Una Voz! Una Voz melodiosa y dulcísima
Que parece venir de muy lejos,
Quizá de las tumbas,
Tal vez de los cielos;
Una Voz que no escucha el oído,
Pero que oyen las almas, murmura en silencio:
"Mortal, hijo mío! La Muerte
No es monstruo terrible ni horrífico espectro;
No tiene las cuencas vacías y oscuras,
No es fría su mano, ni es frío su beso.
La Muerte es un ángel de azules pupilas
Y rubios cabellos;
Sus alas son alas de espléndidas plumas;
Su seno . . . ¡qué tibio y piadoso su seno!
Con amor de madre te llama al descanso,
Te invita al consuelo,
Y en la tierra dejas,
Junto con tu cuerpo,
Todos tus dolores
Y tus sufrimientos.
¡Desagradecido! Si vieras qué honda,
Qué honda ternura te guarda . . . ¡Blasfemo!
Si supieras todo lo que significa
Dejar este mundo y volar a ese cielo!
La Muerte es heraldo que dice a tu espíritu:
'No es el mundo tu patria, celeste viajero.
Procedes de Dios, menester es que vuelvas
Al celeste país que te dio nacimiento.
Feliz peregrino, tu viaje ha cesado;
Ya puedes conmigo a tu Patria emprender el regreso.'
La vida es la muerte, la Muerte es la Vida!
No trueques los nombres, gramático necio.
Y la sombra, esa sombra que temes,
Es la Luz . . . ¡Es la Luz! ¡Pobre ciego!
Espera. No dudes. No llores y calla!
Un día . . . un día . . . cuando llegue el final de los tiempos,
El divino clarín tocará sus vivílicas dianas de oro

Y verás a tus ojos, con vivos destellos,
Abrirse el prodigio
Del divino recinto que guarda tus muertos!"

El doble lejano
Extingue sus sonos postreros,
Y cantan violines y cítaras
Y flautas y cellos . . .
La brisa arrebatada su aroma a las frescas gardenias
Que cubren el féretro
Y cual claro fulgor de esperanza,
De paz y consuelo,
Alumbra las frentes
Un lampo errabundo de tibios reflejos.
En tanto, las almas
Prosiguen oyendo
La Voz misteriosa
Que habló en el silencio,
Y el rumor de los pasos
Cansados y lentos,
Decrece en murmullo,
Se va poco a poco extinguiendo . . .
Parece que todo el paisaje
Se envuelve en la niebla sutil de los sueños,
Y el negro desfile,
Cual negro recuerdo
Que se hunde en la sombra fatal del Olvido,
Se pierde . . . se pierde . . . se pierde a lo lejos . . .

UN POCO DE ENSUEÑO

En este viaje que se llama Vida
No pliegues nunca doloroso el ceño
Y sobre toda pena y toda herida
Pon un poco de ensueño . . .
¿Quieres siempre gozar de la frescura
De un paisaje abribeño?

Idealiza la aspérrima llanura
Con un poco de ensueño . . .

Alza la frente al cielo cristalino
Y ensueña un poco, que ensoñar es justo
Ya que se hundan los pies en el adusto
Polvo gris del camino.

Este precioso mundo en donde moras
Es un mundo risueño:
Nada más con tener a todas horas
Un poquito de ensueño . . .

¿Que para ti la vida es muy sombría?
Inútil es tu empeño
De querer que la vida te sonría
Sin un poco de ensueño . . .

¿Que sufres mucho y te lastiman esos
Zarzales de la senda en que caminas?
Piensa que las espinas dan de besos
Y verás: ¡duelen menos las espinas!

No desdeñes vivir: vale la pena.
La existencia es un bien de que eres dueño.
¡Ah, si vieras qué plácida y qué buena:
Con un poco de ensueño!

No desesperes, alma dolorida;
Esfuézate en mirar todo risueño
Y unge las asperezas de tu vida
Con un poco de ensueño . . .

A UN ARIDO RAZONADOR

Materializa todo lo que mires,
Con tu fría razón. ¡Materializa!
No sueñes. No sonrías. No suspires.
¿Para qué? La ilusión no se analiza.

No adores más que la verdad severa,
Lo real, lo positivo, lo presente.
No lo que ya pasó o lo que se espera;
No lo que puede ser y no es realmente.

Y cuando tu razón fosilizada
Se estrelle ante el misterio
Y se pliegue marchita y derrotada,
En ti despertará, viva y urgente,
La parte de tu ser menospreciada.
Y tú, analizador de corazones,
Frígido disector de la conciencia,
Irás atravesando la existencia
Con una ansia implacable de ilusiones.

Y entonces, cuando al fin ames risueño
Una ilusión que alegra y luego expira,
Dirás tal vez: "Mentira es el Ensueño,
Mas . . . ¡qué dulce mentira!"

VOX DEI

. . . un silbo apacible y delicado . . .

—I Reyes 19:12

Dame a escuchar tu silbo, Señor; no quiero el viento
Que desquebraja montes y precipita rocas
Como un desenfrenado turbión de furias locas.
¡Señor, Tú no te encuentras en ese ronco viento!

Dame a escuchar tu silbo; no quiero el terremoto
Que el seno de la tierra surca en sinuoso abismo.
¡Señor, no estás en ese tremendo cataclismo,
Y es a Ti a quien yo busco! ¡No quiero el terremoto!

Dame a escuchar tu silbo, Señor; no quiero el fuego
Que rodó como un carro del Horeb en la cumbre
Y lo bañó en torrentes de fragorosa lumbre . . .
¡Tampoco estás en ese pavorizante fuego!

Dame a escuchar tu silbo. ¡Allí estás Tú! Ambiente
De santidad me baña cuando lo escucho a solas
En esas horas negras de batallar ardiente
Cuando mi ser combaten encabritadas olas.

Sólo quiero tu silbo, tierno, suave, sereno;
El silbo que tus santas promesas me murmure;
El silbo que me enseñe a ser humilde y bueno;
El silbo milagroso que mis hastíos cure.

Dame a escuchar tu silbo. Recogeré mi alma
Y ahuyentaré la grave tristeza en que se abisma,
Para que, rebosando de inalterable calma,
Absorta y reverente, pueda oírte en sí misma . . .

CAMINO DE EMMAUS

¿Cuándo y cómo llegó? No sé la hora
ni el instante preciso, pero un día
El llegó a mi camino, quietamente,
sin rumor, sin estruendo.
Como se inicia el alba.
Como empieza el rocío
a formarse en el cáliz de las flores.
Como empieza la estrella
a afirmarse en los cielos del crepúsculo.
Como empieza a formarse
en las duras entrañas de la tierra,
el subterráneo manantial que un día
aflorará en riachuelo,
y se irá transformando
en río y en torrente.

Así fue. Entre el polvo
de mi sendero abrupto y solitario
apareció—no sé cuándo ni cómo—
y silenciosamente se colocó a mi vera.
No supe que era El, mas yo sentía

más firme ahora el báculo, más fuerte
y más ligero el pie, más puro el aire,
más ancho el horizonte
y menos fatigosa la jornada.

Y empecé a ver que el polvo del camino
se me iba haciendo polvo de oro al sol
de aquella su Presencia misteriosa,
y a sentir que cautivo iba quedando
del dulce Compañero mi albedrío,
y que empezaba a arder mi corazón . . .

Así fue. ¿Cuándo y cómo?
No lo sé, pero un día,
tuve ya un Compañero en mi camino.
¡Y era El!

LA CARGA

El Señor cargó en El el pecado de todos nosotros.

—Isaías

Jesús, yo agonizaba lloroso y agobiado,
Sin ánimo ni esfuerzos en mi debilidad,
Porque era mucho el peso de todo mi pecado
Y yo ya no podía con tanta iniquidad.

Empero Tú miraste mi alma gemebunda
Vagar, buscando alivio con angustioso ardor,
Y ungiendo mi cabeza con tu piedad profunda
Sobre Ti mismo echaste mi carga de dolor . . .

Por eso ya no quiero pecar; sería mucha
Mi ingratitud, oh Cristo, si te pagara así,
Y el alma que aliviaste, contra el pecado lucha,
No sólo por sí misma sino también por Ti.

Por Ti, pues cuando peco, mis culpas homicidas
Flagelan tus espaldas sin conmiseración.
Por ti . . . pues cuando peco, se ahondan Tus heridas
Y pesa un nuevo fardo sobre Tu corazón.

EL ARBOL VIEJO

En solitario prado, que abril perfuma, que mayo enflora,
He visto un árbol viejo que en los crepúsculos se colora
De suave luz, y agita sus frondas áureas sobre el paisaje,
Como león que sacude su esplendorosa melena rubia
Cuando, ardoroso el bello, bajo los rayos del sol de Nubia
Va en pos de la mentira dulce y lejana de algún miraje.

Aún no la tarde cierra su tienda de oro tras de los
montes
Ni la penumbra borra con su esfumino los horizontes,
Cuando de todas partes gárrulas bandas al árbol llegan,
Y mientras en las cumbres de los volcanes se duerme el
día,
Los pajarillos sueltan a todo trapo su algarabía
Y con traviesos giros saltan, discuten, ríen y juegan.

¡Oh qué temblor de júbilo conmueve entonces el tron-
co anciano!
Cada rama quisiera tornarse en suave, piadosa mano
Y acariciar las alas, las cabecitas y los plumones;
Y cuando al fin se quedan dormidos todos y cesa el viento,
¡Con qué emoción el árbol, entre sus ramas escucha atento
Latir tranquilamente los cien minúsculos corazones!

Los ama como a hijos; él los cobija como una clueca
Hasta que inicia otoño la danza fúnebre de la hoja seca.
Entonces desaparecen por el lejano confín del cielo;
Mas cuando marzo prende triunfales brotes entre la fron-
da,
Sintiendo en sus entrañas algo de madre y algo de abuelo,
Abre el árbol los brazos y acoge en ellos la alada ronda.

Así van y así vienen en nuestra vida las ilusiones:
Llegan, cantan, y un día huyen en céleres migraciones;
Mas, ¿qué fuera sin ellas—aves jocundas—nuestra exis-
tencia?

Pardo hastío infinito, yermo ceñudo, flor sin esencia,
Inmenso desamparo . . . ¡árbol sin nidos y sin canciones!

EL CABALLITO

—¿Me haces caballo, abuelito?—
Y el viejo, cargado de años,
De amor y de reumatismo,
Se pone en el suelo a gatas
Para que le monte el niño.

—¡Arre, caballito lindo! —
Las piernecitas se afianzan
Y allá va el buen abuelito
Por el ruedo de la sala
Haciendo caballo al niño.

—¡Upa! ¡Upa! ¡Caballito!—
El corazón hecho fiestas,
Aunque el lomo dolorido,
Gatea feliz el viejo
Y es un cascabel el niño.

* * *

Débil soplo es el respiro . . .
Alta la fiebre . . . los ojos
Parecen dos espejitos . . .
Y el viejo llora en silencio:
¡Se le va a morir su niño!

Ya no conoce ¡y tan listo!
¡Tantas risas, y hoy, qué serio!
Está inmóvil . . . ¡y era un pingo!
Era un clavel . . . ¡y hoy qué pálido!
—¡Oh Dios! ¿es éste mi niño?

Yo sé que será angelito.
Que en el cielo, con tus ángeles,
Jugará a los caballitos.
Pero, Señor, te lo ruego:
¡No te llesves a mi niño!

El nieto está ahí . . . ¡tendido!
 Ya no habrá risas ni juegos.
 Ya no podrá el abuelito,
 Pese a la edad y la artritis,
 Hacerle caballo al niño.

Y abrazado al cuerpecito,
 El pobre viejo quisiera
 Irse al cielo con su niño,
 Entre nubes y entre risas,
 ¡Haciéndole caballito!

LAS MANOS DE CRISTO

Tarde galilea. La cumbre lejana
 Del Hermón adorna su cabeza cana
 Con gasas dispersas de fino arrebol
 Y por sobre el arduo dorso del Carmelo,
 Como aves fantásticas heridas al vuelo
 Se fugan los últimos reflejos del sol.

Invisible mano sobre el Tiberiades,
 Pródigo patriarca de siete ciudades,
 Va cogiendo alforzas de líquido tul.
 Cien céleres quillas lo hienden con brío
 Y los dombos blancos de su caserío
 Traza Cafarnaum sobre el fondo azul.

A casa de Pedro Jesús ha venido
 Y como acuciosa la fama ha corrido
 Contando entusiástica sus milagros, ¡ved!
 De los alrededores concurren las gentes
 Y una caravana de enfermos dolientes
 Cruza las campiñas de Genesaret.

Ante Cristo llegan. ¿Qué efluvio divino
 Desprenden las manos del blanco Rabino

Que a su solo toque vuelve la salud?
Por entre la turba pobre y dolorida
Van, tibias y tiernas, derramando vida
Ante los asombros de la multitud.

* * *

Tarde de Judea. La plebe cobarde
Bulle en el Calvario. ¡Misérrima tarde
De maldad! (¡Gloriosa tarde de perdón!)
Y ahí estáis, oh manos, pálidas, crispadas;
Ahí estáis, oh manos divinas, clavadas
Sin que los verdugos sientan compasión.

¡Oh pálidas manos! ¡Oh místicos lirios
De misericordia! ¡Qué crueles martirios,
Qué agudos dolores sufristeis por nos!
Manos que nos sanan, manos que nos cuidan,
De vuestra ternura los hombres se olvidan
Y os clavan, ingratos, ¡oh manos de Dios!

RECOGIMIENTO

Alguna vez es bueno estar en calma
Y buscar el silencio vespertino,
Para hallar la quietud consoladora
Recogiendo el espíritu en sí mismo.

Esta paz del crepúsculo es propicia
Al santo ministerio del recuerdo
Y a que pliegue las alas, dulcemente,
Como un ave rendida el pensamiento.

¡Cuán dulce es para el ánimo dolido,
Harto de sinsabores y tumulto,
Refugiarse en el seno que le ofrece
La irradiación piadosa del crepúsculo!

Y entonces, cuando tímidas y blancas
Comienzan a insinuarse las estrellas

Y principia en oriente mortecino
La parda iniciación de las tinieblas,
Exentarnos de todo sobresalto
Y a solas con el alma y el paisaje,
Dejar que nos invada poco a poco
El sosiego infinito de la tarde . . .

EL DON

Señor, nada poseo,
¿Por qué en buscarme te interesas?
¿No ves? Mis manos
traigo vacías, sin ninguna ofrenda.
¿Qué tengo entonces yo, y qué me has visto,
qué procuras en mí, qué recompensa,
que de tu solio altísimo has bajado
a mi desolación y mi miseria?

—¡Dame tu corazón! Con sólo eso
mi amor eterno se contenta.

RETORNO

Voy a seguir Tus huellas,
Jesús, definitivamente.
Sólo beberé el agua de Tu fuente,
Sólo amaré el fulgor de Tus estrellas
Y hacia Tu paz afirmaré la frente.

¡Cuán pavorosa la aventura
De mi triste desvío!
Mis flores eran cardos, la amargura
De las aguas de Mara mi dulzura,
Mi luz la sombra y mi calor el frío . . .

Mas torno a Ti, Jesús, Hermano mío,
Y hoy sí tendrá mi ruta nuevamente

Olor de nardos y brillar de estrellas,
Porque definitivamente
Voy a seguir Tus huellas.

MELODIA DE NAVIDAD

Belén la risueña, Belén la fragante
Duerme silenciosa su sueño de paz,
Mientras en la altura la estrella brillante,
Como un albo vaso de plata radiante
Derrama sonriendo su luz virginal.

Allá por oriente, los contornos vagos
De una caravana suntuosa de magos
Borra de las sombras el hosco tropel:
Son adoradores que vieron la estrella
Y que absorta y fija la mirada en ella,
Llenos de tesoros vienen a Belén.

Las pezuñas toscas de sus dromedarios
Hienden las arenas con sordo rumor,
Y tiernos saludan a los visionarios
Brindando perfumes y abriendo nectarios,
Las rosas tempranas, los lirios en flor.

Pasan bajo el cielo lleno de luceros,
Llevando en los labios, delgados y austeros,
Mística sonrisa de gozo y amor;
Y hay en sus siluetas, tranquilas y oscuras,
Con la luz que brilla desde las alturas,
Súbitos destellos de un vivo fulgor.

¿Qué buscan? ¿Qué quieren? Hace muchos días
Sin cesar persiguen la divina luz:
En los pergaminos de las profecías
Leyeron del Reino de amor del Mesías,
Del glorioso Reino eternal de Jesús.

En Belén Efrata, Belén la risueña,

Entre las ciudades la que es tan pequeña,
Pero hoy más radiante que la luz del sol,
Hace pocos días ha de haber nacido
De Isaf la vara, el Rey, el Ungido,
El Príncipe Eterno, el Hijo de Dios!

Y van bajo el palio de luz de la estrella
Los adoradores que, fijos en ella,
Llenos de tesoros llegan a Belén,
A unir sus ofrendas regias y valiosas
A los pastoriles puñados de rosas
Y al presente humilde de leche y de miel.

Llegan, se arrodillan, ofrecen sus dones;
Abren el joyero de sus corazones
Y ante la sonrisa del Niño Jesús,
Sienten en sus almas ansiosas de vida,
Como un blando beso de aurora encendida,
Como una caricia de amor y de luz.

Luego, cuando vuelven a oriente hierático
Y sus dromedarios, con paso flemático,
De la arena arrancan un sordo rumor,
Como que despiden a la caravana,
Brindando perfumes, la rosa temprana,
Tendiendo nectarios, los lirios en flor . . .

PEDRO CONTESTA A CRISTO

Tú sabes que te amo, Señor; Tú bien lo sabes.
¿Por qué una y otra vez con dolorosa
Ternura me interroga tu armoniosa
Voz, cristalina como trino de aves?
Tú sabes que te amo. ¡Tú lo sabes!

Y es tanto más amarga Tu pregunta
Y es tanto más amarga Tu insistencia,
Cuanto que sé, Señor, que en mi conciencia
Un negro dedo mi traición apunta.

Punzan mi alma como tres puñales
Tus interrogaciones casi iguales:
“¿Me amas?” y “¿Me amas?” y “¿Me quieres?”
“Tú sabes que te amo,” te respondo;
Pero me duele el corazón muy hondo
Como todo sembrado de alfileres.

Mi deslealtad es clara como el día.
Era yo tu discípulo. Bebía
De tus divinos labios la enseñanza.
Mi fe era a veces débil, pero nunca
Pensé en abandonarte. Jamás trunca
Se miró mi carrera de esperanza.

Antes bien, cuando muchos te dejaron
Y Tu discipulado desecharon,
Y nos interrogaste: “¿Queréis irnos vosotros?”
Yo contesté resuelto: “Señor, ¿a quién iremos?
Tienes la vida eterna. ¿Quieres que te dejemos
Para seguir el mundo también como esos otros?”

Pero, Señor, te odiaba la maldad farisea,
Porque Tu verbo santo con vigor la batía,
Y por crucificarte tramaba cada día.
Dejando entonces Tú la dulce Galilea
Viniste a la escarpada Jerusalén impía.

“Señor,” te dije yo, “no te abandono,
Y en el peligro siempre iré delante.”
Dijiste Tú, calmando mi arrebatado encono:
“Me negarás tres veces antes que el gallo cante.”

Y por fin te aprehendieron y llevaron.
Yo te seguí de lejos hasta el lugar crüento
En donde enfurecidos te injuriaron
Y con ardor salvaje te azotaron
Hasta dejarte pálido y sangriento.

Yo, el valiente que nunca desmayaba,
Tuve temor, tenía mucho frío

Dentro del corazón, y calentaba
Mi corazón helado, Jesús mío.

¡Cuán clara en mi memoria la torpe escena veo!
Me dijeron: "Tú andabas con ese galileo."
Y yo, que en otro tiempo gozoso te seguía,
Te negué aquella noche, maldije con cinismo,
Juramenté exaltado . . . y rodé en el abismo
Bajo el peso de plomo del miedo que tenía!

Fue entonces cuando el canto del gallo—mi conciencia—
Atravesó la noche largamente . . .
Pasabas . . . ¡Me miraste! . . . Dolorosa fulgencia
Tus ojos encendía . . . Temblé ante Tu presencia
Y del remordimiento sintiendo el fino diente
Me salí a las tinieblas y lloré amargamente.

Y después te mataron en la cruz ominosa.
Te vi por la vez última con los brazos abiertos . . .
Y luego, al tercer día, que descendí a Tu fosa
Ya no estabas en medio de los muertos!

Hoy, ya resucitado, ¿por qué con dolorosa
Dulzura me interroga Tu armoniosa
Voz, como un claro y límpido reclamo?
El arrepentimiento, Señor, me rehabilita;
Tu sangre redentora toda mi culpa quita,
Y Tú, mejor que nadie, ¡sabes que yo te amo!

DON QUIJOTE EN AMERICA

D. Alonso Quijano, aquel buen caballero
De quien por santo y loco se enamoró la gloria
—D. Miguel de Cervantes tuvo mala memoria
Y una tan gran fazaña se dejó en el tintero,
Un buen día cansóse de la estéril cordura
Con que lo atormentaban el Barbero y el Cura,
Y así, calladamente, se hurtó a la vigilancia
Del Ama y la Sobrina, requirió la armadura,

Despolvoreó la espada, ciñóla a la cintura,
Paseó gallardamente por medio de la estancia,
Y aunque endelgadecido más de lo que solía,
Zigzagüeo diez mandobles por ver si el fazañoso
Esfuerzo de otros tiempos sus brazos acorría,
Y después, abrazado de su lanzón glorioso,
Catando que era en daño del mundo su reposo,
Propuso de salirse.

Con que al siguiente día,
Comendóse a su dama, joya y prez del Toboso,
E implorando en sus mientes el auxilio divino,
Montóse en Rocinante, y echó por la llanura
Famosa de la Mancha, sin Sancho ni pollino,
El sin par Caballero de la Triste Figura.

¿Fue acaso Rocinante mágico Clavileño
Que, urgido de las áureas espuelas del Ensueño,
Se lanzó a los espacios como raudo meteoro,
Trayendo a Don Quijote por sobre el mar sonoro?

No lo sé; pero un día, por más que no lo cuente
Cervantes, nuestras playas vieron a Don Quijote,
Gallardo el continente, la mirada serena,
Jinete en Rocinante sobre el húmeda arena,
Bajo este de mi América zafíreo y puro dombo,
Inmóvil y arrobado, tal como si escuchara
La voz de bienvenida que acaso le enviara
El alma de su hermano Cristóforo Colombo.

No lo vio ningún hombre, porque el hombre está ciego,
Ni se acuerda la Historia, que es de memoria exigua,
Mas los valles de Anáhuac sí vieron al Manchego,
Y aun dicen que a su paso sintió en su nieve fuego
Y despertó la blanca mujer del Ixtaccíhuatl.*

*Montaña nevada de la meseta mexicana, cuyas cumbres adoptan la forma de una mujer yacente.

Dentro del corazón, y calentaba
Mi corazón helado, Jesús mío.

¡Cuán clara en mi memoria la torpe escena veo!
Me dijeron: "Tú andabas con ese galileo."
Y yo, que en otro tiempo gozoso te seguía,
Te negué aquella noche, maldije con cinismo,
Juramenté exaltado . . . y rodé en el abismo
Bajo el peso de plomo del miedo que tenía!

Fue entonces cuando el canto del gallo—mi conciencia—
Atravesó la noche largamente . . .
Pasabas . . . ¡Me miraste! . . . Dolorosa fulgencia
Tus ojos encendía . . . Temblé ante Tu presencia
Y del remordimiento sintiendo el fino diente
Me salí a las tinieblas y lloré amargamente.

Y después te mataron en la cruz ominosa.
Te vi por la vez última con los brazos abiertos . . .
Y luego, al tercer día, que descendí a Tu fosa
Ya no estabas en medio de los muertos!

Hoy, ya resucitado, ¿por qué con dolorosa
Dulzura me interroga Tu armoniosa
Voz, como un claro y límpido reclamo?
El arrepentimiento, Señor, me rehabilita;
Tu sangre redentora toda mi culpa quita,
Y Tú, mejor que nadie, ¡sabes que yo te amo!

DON QUIJOTE EN AMERICA

D. Alonso Quijano, aquel buen caballero
De quien por santo y loco se enamoró la gloria
—D. Miguel de Cervantes tuvo mala memoria
Y una tan gran fazaña se dejó en el tintero,
Un buen día cansóse de la estéril cordura
Con que lo atormentaban el Barbero y el Cura,
Y así, calladamente, se hurtó a la vigilancia
Del Ama y la Sobrina, requirió la armadura,

Despolvoreó la espada, ciñóla a la cintura,
Paseó gallardamente por medio de la estancia,
Y aunque endelgadecido más de lo que solía,
Zigzagó diez mandobles por ver si el fazañoso
Esfuerzo de otros tiempos sus brazos acorría,
Y después, abrazado de su lanzón glorioso,
Catando que era en daño del mundo su reposo,
Propuso de salirse.

Con que al siguiente día,
Comendóse a su dama, joya y prez del Toboso,
E implorando en sus mientes el auxilio divino,
Montóse en Rocinante, y echó por la llanura
Famosa de la Mancha, sin Sancho ni pollino,
El sin par Caballero de la Triste Figura.

¿Fue acaso Rocinante mágico Clavileño
Que, urgido de las áureas espuelas del Ensueño,
Se lanzó a los espacios como raudo meteoro,
Trayendo a Don Quijote por sobre el mar sonoro?

No lo sé; pero un día, por más que no lo cuente
Cervantes, nuestras playas vieron a Don Quijote,
Gallardo el continente, la mirada serena,
Jinete en Rocinante sobre el húmeda arena,
Bajo este de mi América zafíreo y puro dombo,
Inmóvil y arrobado, tal como si escuchara
La voz de bienvenida que acaso le enviara
El alma de su hermano Cristóforo Colombo.

No lo vio ningún hombre, porque el hombre está ciego,
Ni se acuerda la Historia, que es de memoria exigua,
Mas los valles de Anáhuac sí vieron al Manchego,
Y aun dicen que a su paso sintió en su nieve fuego
Y despertó la blanca mujer del Ixtaccíhuatl.*

*Montaña nevada de la meseta mexicana, cuyas cumbres adoptan la forma de una mujer yacente.

Lo vio la fértil vega donde nutrió Araucania
Una raza indomable como tigres de Hircania;
Lo vio la pampa inmensa pasar, erguido y mudo,
Y el cielo de Argentina se trasuntó en su escudo;
Afirma el Amazonas que un día en cristalino
Remanso de sus aguas abrevó su rocino,
Y el país de leyenda del Inca noble y fiero
Vio a los tempranos rayos del sol, como un lucero,
Brillar sobre los Andes el yelmo de Mambrino.

No lo narra la historia ni lo escribe Cervantes,
Mas fue así como el bravo facedor de proezas,
Invisible y ubicuo, domeñó fortalezas,
Castigó malandrines, acometió gigantes,
Desagravió doncellas, descabezó alimañas
Y en suelo americano secundó sus fazañas,
Sembrando a manos llenas semilla de heroísmo,
Encendiendo en ardiente fuego de quijetismo
Los pobres corazones que helara la rutina,
La poquedad, la falta de ideales, el marasmo,
E infundiendo en el alma de América Latina
La sublime locura que se llama entusiasmo.

Y cuentan las estrellas, las celestes curiosas,
Que en una quieta noche de plenilunio estuvo,
Llegaron al paraje do, quieto y pensativo,
Posaba Don Quijote, tres sombras misteriosas.
Saludaron al Héroe, Rey del Aurea Quimera,
Con gesto melancólico sentáronse a su vera . . .
Y el viento de la noche supo de más de una
Lágrima que en sus ojos hizo brillar la luna
Y se llevó en sus alas uno que otro suspiro.

Hablaron largamente los cuatro en su retiro:
Caupolicán, Cuauhtémoc, Atahualpa y Quijano,
Y antes de que la aurora sus párpados abriera,
Se pusieron en marcha, cogidos de la mano,
Al través de la fértil vernácula pradera.

Pensativos e inmóviles, en una cumbre andina,
Los vio por la vez última la estrella matutina.

¡Oh símbolo fecundo del plenilunio estivo!
Don Quijote no ha muerto, Don Quijote está vivo.
Fue inútil que Cervantes al inmortal Manchego
Le devolviera el juicio para matarlo luego.
Todo afán generoso por combatir los males,
Por hacer este mundo mejor; todo heroísmo,
Toda fe, toda empresa carente de egoísmo,
Toda sed de justicia, toda alteza de ideales,
Todo amor, todo odio por lo falso y grotesco
Del carnaval humano . . . ¡todo eso es quijotesco!

La próxima epopeya será, que asombre al mundo,
Cuando despierte el indio de su sopor profundo,
Cuando el impulso heroico de su pasado brote
De nuevo en su alma triste, y en la gloriosa andanza
De redimir a América del mal, a su pujanza
Se adune la locura divina del Quijote.

¡DEJAD EN PAZ A CRISTO, GENERALES!

¡Dejad en paz a Cristo, generales!
Generales de vientres rotundos,
De entorchados suntuosos y de manos sangrantes!
No pretendáis hacerlo Patrón de vuestra guerra,
Ni secuaz vuestro, ni cófrade y compinche
De vuestro cuartelazo y vuestros crímenes!

Defendéis los arcones de los capitalistas—
“Tesoros que corrompen el mohó y la polilla”—
Y queréis ensanchar a cañonazos
El ojo de la aguja
Para que puedan, a sus anchas, entrar los ricos.
. . . Pero el pretexto es: Cristo!

Defendéis los brutales fueros de las espadas,
El siniestro relumbro de los galones áureos,

El amor propio de la casta cuartelera
Y la soberbia del militarismo.
. . . Pero el pretexto es: Cristo!

Defendéis la opresión de las conciencias,
La intolerancia cruel, la férula del dogma,
La feroz mutilación de las ideas,
El bárbaro encadenamiento del espíritu.
. . . Pero el pretexto es: Cristo!

Combatís a soldada de los tiranos extranjeros,
Aunque habláis del honor y de la Patria;
Servís de piezas de ajedrez en la partida
En que dirimen sus contiendas de codicia
Las manos—torvas garras—de los imperialismos.
. . . Pero el pretexto es: Cristo!

Habéis querido generales,
Reclutar a Jesús de “voluntario,”
Uniformarlo de camisa negra,
O albornoz flotante,
O boina roja cargada de medallas,
Y entre el aullar de la morisma,
Lanzarlo a la batalla rifle en mano,
Ululando el “¡Heil Hitler! ¡Salve, Duce! ¡Viva Franco!”

Y habéis querido enviarlo a bordo
De vuestros Junkers y Savoias,
Para que los infiernos que sueltan vuestras bombas
Sobre ciudades y poblados,
Resulten santos!

Y defendéis a Dios, piadosos generales,
Ametrallando ancianos, y mujeres, y niños.
Y escogéis el Domingo—Día del Señor,
Día de Vida, Día de Resurrección—
Y el Viernes Santo—
Cuando la Cruz abre los brazos
Y el Dador de la Vida da su vida

Para que el mundo viva—
Y en esos días sacros,
Enviáis vuestros siniestros pájaros de muerte
A echarles fuera las entrañas
A niños y mujeres!

Dijo Jesús: “Si no os hicieréis como niños
No entraréis en el Reino de los Cielos.”
No dijo: Despedazando niños
Os ganaréis mi Reino.

¡Basta ya de la farsa, generales!
¡Dejad en paz a Cristo!
No mancillen el Nombre de los nombres
Vuestros labios sacrílegos;
Recordad el precepto que subrayó un relámpago:
“¡No tomarás el nombre de tu Dios en vano!”

¡No hay guerras santas!
El Señor dijo a Pedro:
“Vuelve la espada a su lugar;
Los que la espadan sacan, a espada morirán.”

¡No hay guerras santas!
Todas las bendiciones eclesiásticas,
y los Te Deums, y los óleos, y los rezos,
Y el consagrar de las banderas,
Y la ablución de las espadas,
No santificarán jamás los bombardeos,
Ni les darán olor de santidad a las matanzas!

¡Barcelona! ¡Guernica! ¡Granollers! ¡Alicante!
Vuestros feroces bombardeos
No son victorias de la Cruz de Cristo
Sino macabros triunfos de la segur romana,
Del manojo de flechas, y de la cruz esvástica!
Estallidos terríficos, derrumbes estruendosos
Y bajo los escombros,
Las madres que agonizan

Vaciado el vientre y aplastados los senos
Que fueron surco y hontanar de vida.
¡Y niños! Niños a quienes una bomba
Truncó bárbaramente la sonrisa y el juego,
Y se quedaron hechos hórridos pingajos,
Y con los dulces ojos interminablemente abiertos!
¡Toda el agua bendita de los siglos
No alcanzará a lavar de vuestras manos
La sangre de esas madres y esos niños!

¡Basta ya de sacrílegas farsas, generales!
Nada tiene que ver la cruz de Cristo
Con el siniestro pomo
Del tudesco puñal, moruno alfanje, florentina daga
Que en vuestras manos va rasgando arteralmente,
Artera y hondamente el corazón de España.

¡Dejad en paz a Cristo, generales!
¡Cristo no necesita pistoleros
Que lo defiendan,
Ni espadachines
Que le guarden la espalda!
Su Causa y su Verdad, un día
Inundarán la tierra, como el agua
Llena la inmensidad de los océanos.
Pero por el camino del Amor . . .
¡No por la senda
Maldita y demoníaca de la guerra!

¡Queréis matar? ¡Matad! ¡Saciad vuestro sadismo!
¡Empapaos de sangre, generales!
¡Pero dejad en paz a Cristo!

TRIPTICO DEL ALBA

1. *Hortus.*

El alba es como un huerto de mística espesura
en que el Señor cultiva lirios de santidad;

vasto y vago espejismo del Oasis de albura
a donde se encaminan por esta senda dura
nuestras almas ansiosas de Aquella Claridad.

Espejo misterioso que copia en lontananza
las lumínicas frondas de la Eterna Canaán;
incierta frondescencia de bienaventuranza;
suave fulgor lejano de inmortal esperanza
donde a purificarse mis sentimientos van.

El alba es como un parque, de esos parques risueños
y encantados, que a veces se miran en los sueños,
con perfiles ungidos de extraña claridad.
Allí mis pensamientos van en revuelo triste;
pero al volver, un manto de alegre luz los viste
y esparcen sus flojeles olor de santidad . . .

2. *Alba Jubilosa.*

Vengo del alba. Matinal contento
bulle en mi ser sonoros cascabeles.
Tengo el alma de luz. Repleto siento
mi corazón de rebotantes mieles.

Amo las mariposas y las aves;
beso todas las flores y los suaves
copos de albor del columbario armiño;
bebo el agua de todas las corrientes
y asomado al espejo de las fuentes
mi pensamiento ríe como un niño.

Alborozado y trémulo deparo
mi espíritu a los valles y a los cielos;
tengo fuerte intuición de nuevos vuelos
y en mis íntimas eras hay un claro
desgranar de esperanzas y de anhelos.

Transfigurado estoy. ¿Seré yo mismo?
Ha posado las alas en mis sienes
un soplo generoso de optimismo . . .

La vida es como un búcaro de bienes:
hay muchas cumbres y ningún abismo! . . .

Y es que vengo de un viaje luminoso.
Vengo del alba; disfruté el reposo
de ese país de cristalinos campos
donde ser es reír eternamente . . .
¿Ves? Aún queda prendido de mi frente
tibio fulgor de matinales lampos!

3. *El Evangelio del Alba.*

El alma es una bienaventuranza
de claridad: símbolo de esperanza.
El alba dice:

“Blanca soy. Soy el momento
de anunciación; seguras, milagrosas,
mis claras alas abren su portento;
nuevo Gabriel, proclamo el nacimiento
del Rey que ha de vencer las pavorosas
tinieblas nocturnales.
Cuando mis senos, como mansa fuente,
fluyen sus nítidos raudales
que el cielo lacta suavemente,
se despiertan las rosas,
vuelven al orto la pintada frente,
y—¡Viene el sol!—murmuran ruborosas.
Blanca soy. En el alma del que espera
mi beso es luz jamás percedera
cuando la sombra todo se lo arranca,
y en medio de la noche de la vida,
mi beso apunta en su alma dolorida
tibios albores . . .

¡La esperanza es blanca!
¡Soy la blanca esperanza! Lentamente
se baña en mí el azul del cielo
como una inmensa frente.

Ven tú también; si quieres que el consuelo
fluya en tu ser como inexhausto río,
ven, báñate en mis luces, hijo mío!
Ven y aprende la bienaventuranza
que mis albores fúlgidos contienen,
y es:

*Bienaventurados los que tienen
la clara beatitud de la esperanza!*

HIMNO AL DOLOR

(Antífona)

—Cantemos al Dolor, porque nos hunde
Su lacerante daga,
Para que en nuestra herida—surco vivo—
Broten flores y palmas.

—Cantemos al Dolor, que es el arado
Que rompe los eriales de las almas,
Para que en cada surco de infortunio
Sembremos la paciencia y la esperanza.

—Cantemos al Dolor, que fecundiza
Con abundantes lágrimas
La desazón del sembradío estéril
Para hacerlo brotar mieses doradas.

—Cantemos al Dolor que es hoz aguda
Que siega las espinas maduras
Para que se repletan y rebosen
Nuestras eras de amor . . .

—*Hosanna! ¡Hosanna!*

—Cantemos al Dolor, que es viento fuerte
Que el tamo en remolinos arrebató,
Dejando el áureo grano sustancioso
Limpio de toda paja.

—Cantemos al Dolor, que es horno ardiente
Donde se quema toda la cizaña
Que sembró el Adversario en nuestro campo,
Bajo las noches cómplices del alma.

—Cantemos al Dolor, porque es el lazo
que indivisibles amistades ata;
Porque de los afectos nos descubre
Cuál es oro de ley, cuál hojarasca.

—Cantemos al Dolor, cincel de fuego
Que golpe a golpe labra
La marmórea escultura del carácter.
¡Cantemos al cincel que pule el alma!

—Cantemos al Dolor, que cauteriza
Todo cáncer; cantemos a la fragua
Que da temple de acero a nuestro espíritu.
¡Cantemos al crisol que lo abrillanta!

—Cantemos al Dolor cuando nos lleva
Cerca de Dios, en busca de su Gracia;
Cantemos al Dolor que enfervoriza
Nuestras tibias plegarias.

—Cantemos al Dolor que transfigura
Los heroísmos en sublime audacia;
Cantemos al dolor de los martirios
Porque es sacro dolor . . .

—*¡Hosanna! ¡Hosanna!*

—Cantemos al Dolor de los Dolores
Que redimió nuestras perdidas almas;
Que fue azote crüel, insulto, mofa,
Humillación, infamia,
Y corona de espinas
En una Frente pálida . . .

—Cantemos al Dolor que fue en el Gólgota
Una sombría Cruz ensangrentada,

Clavos, furente sol y sed y hieles
Y un oprimido corazón que estalla
Por la angustia de todos nuestros males,
Bajo el peso de todas nuestras cargas!
¡Oh dolor estruendoso de la Tierra
Que agita en terremotos sus entrañas!
¡Oh dolor silencioso de los Cielos
Que cubre de tinieblas la Hora Trágica!

—¡Santo, Santo, Santo Dolor Propiciatorio!

—¡Llenas están las almas de Tu Gracia!

—Cantemos himnos de viril potencia,
No flébil treno que el sollozo pausa,
Al humano dolor que nos depura . . .

¡Hosanna! ¡Hosanna! ¡Hosanna!

Y al Divino Dolor que nos redime!

¡Hosanna! ¡Hosanna! ¡Hosanna!

EL MAGO

(Versos de Album)

Yo no sé si esta vida con ser breve,
Es un Edén o un valle de amargura,
Un vergel deslumbrante de hermosura,
O una sábana pálida de nieve.
Y es que en problema tal, amiga mía,
Cada alma tiene su filosofía.

Sólo sé que hay espinas como hay flores,
Que es el gozo tan real como la pena,
Y que están alegrías y dolores
Ligados con tan sólida cadena
Desde que el mundo es mundo, que entre tanto
Que nuestro débil pie la tierra pisa,
Si ayer fue la sonrisa hoy es el llanto,
Y hoy el llanto y mañana la sonrisa.

Feliz el alma que a pesar del cruento
Aguijón del dolor, no se echa en brazos
De ese genio del mal: el desaliento,
Y que aunque esté el timón hecho pedazos,
Con mano firme hacia la playa lanza
El áncora de luz de la esperanza.

Feliz si aún conserva un trino de ave,
Y algo, siquiera un algo de ese suave
Y sereno idealismo,
Que tiene—dulce mago de la vida—
Un puente de oro para cada abismo
Y óleos de ensueño para toda herida!

VIDA PLENA

Has de vivir cada una de tus horas
Cual si fuera la última. No ignoras
Que tu vida es un átomo perdido
Dentro la Eternidad, y muy bien sabes
Cuán presto regresamos, como aves,
A nuestro antiguo y verdadero Nido.

Hoy mismo puede Dios de tu existencia
Cortar el hilo débil y maltrecho;
Tal vez hoy mismo estés en su presencia
Y te dirá como a Caín: “¿Qué has hecho?”

Nuestra vida transcurre breve y fluída
Como insensible resbalar de sedas,
Por eso a cada instante de tu vida
Ama y perdona todo lo que puedas.

Vive con plenitud las fugitivas
Horas que van veloces a la nada;
Vive con toda el alma vaciada
En el girón de eternidad que vivas.

Saca todas las mieles del momento
Y fuérsalo a dejarte en la conciencia,
Una unción de inmortal consolamiento
Y una estela de luz y complacencia.

Y vive en lo muy poco lo bastante
Para cumplir tu vida cada día:
¿Quién dice que la efímera brillante
No cumple la misión que Dios le fía?

Vivir con entusiasmo, con fecundo
Vigor, intensa y hondamente;
Cumplir nuestra misión cada segundo;
Realizar nuestro ser completamente,
Y no dejar la nuestra en el acervo
De las vidas sin fruto confundida:
¡Eso es vivir! Y como dijo Nervo:
“¡Lo demás es limosna de la vida!”

LA LIMOSNA

Eran tres princesas; las tres eternas
princesas de los cuentos:
la mayor, la menor y la mediana;
y era un país de valles cenicientos,
de montes hoscos y áridas cisternas,
híspido y duro como la obsidiana.

Y eran diez leprosos: los leprosos
del pasaje evangélico,
que con ardor femélico
vagaban, destrozados y horrorosos
como espectros huidos de las huesas . . .

Pasaban por ahí las tres princesas
y se encontraron con los diez leprosos.

—¡Una limosna, por piedad!—clamaron
las pavorosas fauces,

y sartales de lágrimas marcaron
entre las llagas horribundos cauces.
—¡Una limosna, por piedad!—lloraron . .

La princesa mayor, la más altiva,
cubrió su rostro pálido y sin ver las
llagas de carne viva,
les arrojó diez perlas.

La princesa mediana,
que era más compasiva,
su manto se quitó, de tiria grana,
y extendiendo las manos,
sonriente murmuró: Tomad hermanos.

La princesa menor, la más hermosa,
la de los ojos claros,
la de los labios rojos,
ni dio ni dijo nada . . . Silenciosa,
tendió la boca virgen y jugosa
y de férvido amor en el exceso,
en las llagas en flor de los leprosos
y en sus bocas de labios espantosos
puso el bálsamo blanco de su beso . . .

ORACION DE NIÑO

Cuando era niño,
Jesús jugaba
Por los campos floridos, en las calles,
En el pequeño patio de su casa.
Pero jamás reñía,
Ni a los niños más chicos maltrataba,
Ni quería ser siempre el que dijese
A qué juego jugaban.
Respetaba las reglas,
Y jamás hizo trampas.

Padre Bendito, ayúdame
A jugar yo como Jesús jugaba.

Cuando era niño,
Jesús iba a la escuela.
Se fijaba muy bien en las lecciones,
Hacía con cuidado sus tareas,
Y nunca en los exámenes
Les copiaba a los otros las respuestas.
Padre Bendito, ayúdame
A ser como Jesús era en la escuela.

Cuando era niño,
Jesús servía y ayudaba.
A José en su taller de carpintero,
Cepillando las tablas.
A su madre, partiéndole la leña
Y acarreándole el agua.
En la calle, a los niños pequeñitos,
Los ancianos, las personas inválidas,
Los enfermos, y todos
Los que ayuda y sostén necesitaran.
Ayúdame a servir, Padre Bendito,
Como Jesús servía y ayudaba.

BALADA DE LOS NIÑOS POBRES

Bienaventurados los pobres . . .

—Evangelio de S. Lucas

—Mamá, yo vi en la calle
unos aparadores
que estaban adornados
con luces y listones.
Había unos caramelos,
redondos y grandotes,
pilas de azucarillos,
cajitas de bombones,

pastillas y cubiertos
y chicles de sabores.
En fin, mamá, pasteles
y dulces a montones.

—Ya duérmete, mi niño;
dejemos que otros gocen:
eso es para los ricos
y no para los pobres.

—Mamá, yo vi en la calle
unos aparadores
repletos de cornetas,
fusiles y cañones;
soldaditos de plomo,
trenes que solos corren,
caballos de madera,
muñecos de colores.
En fin mamá, si vieras,
¡juguetes a montones!

—Ya duérmete, mi niño;
dejemos que otros gocen:
eso es para los ricos
y no para los pobres.

—Mamá, yo vi una casa
con un patio grandote,
si vieras, adornado
con cintas y faroles.
Había en todas partes
mucho heno y muchas flores.
Brillaban como plata
la escarcha y los festones,
y en un árbol prendidas
velitas de colores.
Como vi que había niños,
quise entrar, pero entonces

—¿verdad que fueron malos?—
¡me echaron a empellones!

—Ya duérmete, mi niño;
ya duérmete, no llores . . .
Eso es para los ricos
y no para los pobres!

—Mamá, si no tenemos
juguetes ni bombones,
¿qué Dios no manda nada
para los niños pobres?

—Sí manda. ¿No recuerdas
la historia que conoces,
de un niño rubio y bello,
que en una fría noche
nació en pesebre humilde
porque era niño pobre?
Ese bendito niño,
cuando creció y fue hombre,
bendijo en sus rodillas
a muchos niños pobres.

Los niños ricos tienen
juguetes y bombones;
pero el vivir tranquilos,
sin vanas presunciones,
sin odios ni egoísmos,
sin dudas ni temores;
los blancos pensamientos
y los sentires nobles,
los sueños de oro y rosa,
los níveos corazones,
y ese Jesús amante
que en una fría noche
nació en pesebre humilde
porque era niño pobre,
consuélate, hijo mío,

consuélate y no llores:
¡ese es el don del cielo
para los niños pobres!

LA VOZ DE LA CAMPANA

(*En las Bodas de Oro de una Iglesia*)

Heráldica la voz de la campana,
Con timbre de sonora clarinada
Llama a los invitados a la boda.

—*Gregoria Limón*

Heráldica la voz de la campana
Llena de claros sonos la mañana.
¿Es acaso un girón de Galilea
El paisaje feliz? La luz febea,
Como plata de Ufaz deslumbradora,
Con brillante pincel el plan decora
Y en las cumbres altísimas chorrea.
En los huertos de fuentes rumorosas
La vid madura su racimo henchido—
¿Nazaret? ¿Engadí?—de uvas sabrosas.
Las higueras frutecen y las rosas
Tienen nostalgias de Sarón florido.
Un eco de parábolas divinas
Vaga con inflexiones cristalinas
En el sencillo ambiente campirano;
Pasan las nubes destejiendo armiños
Y cielo y tierra son como dos niños
Que retozan cogidos de la mano.
Y es en esta evangélica mañana,
Fresca y alegre y oriental y buena,
Cuando en notas auríferas resuena
Heráldica la voz de la campana.

Con timbre de sonora clarinada,
Que en el sereno amanecer horada
El claro ambiente cual saeta de oro,
Su voz el bronce desparrama al viento

Y, ánfora rebosante de contento,
Vuelca en el día su raudal sonoro.
¡Cuán prodigiosa evocación! Despierta
El capullo dormido, la flor yerta
Levanta la corola antes marchita;
Hay un temblor de gozo en el ramaje
Y en el remanso azul . . . ¡Todo el paisaje
Como un inmenso corazón palpita!
Y mientras, en el aura perfumada
Vuela el nupcial repique presuroso,
Que interrumpe el silencio nemoroso
Con timbre de sonora clarinada.

Llama a los invitados a la Boda . . .
“¡Venid, venid! El tiempo de la poda
Llegó y entre las ramas se ha escuchado
De la torcaz el canto enamorado.”*
¡Venid, venid a la gloriosa Boda!
—Canta la voz del bronce entusiasmado.
—¿Son acaso los blancos esponsales
De la princesa de los cuentos de hadas
Que llega de sus mágicas moradas
En carruaje de perlas y corales?
¿Es la boda tal vez, hadas madrinas,
Del príncipe magnífico de oriente,
Que se viste de ropas purpurinas
Y cabalga un corcel albo y luciente?
“¡Venid, venid! De jugo perfumado
Sus brevas llena la fructuosa higuera.”*
Venid. La Esposa en el umbral espera
La llegada triunfante del Amado.
Vestíos el ropaje inmaculado
Y venid, convidados, prestamente.
Ya en la mesa el banquete está servido.
¿Quién está cual la virgen imprudente.
Sin aceite en su lámpara y dormido?”

*Cantar de los Cantares, versión libre.

Naturaleza se conmueve toda
Y el repique nupcial inunda el día . . .
¡Es la esquila que loca de alegría
Llama a los invitados a la Boda!

PROSAPIA AZTECA

Yo soy de aquella raza de púgiles arqueros
Que, vestidos de pieles lustrosas de ocelotl,¹
Si con Ilhuicamina² flecharon los luceros,
Con el de Tilantongo³ derrotaron al sol.

Mi prosapia es de príncipes poetas y guerreros,
Aguilas cuando oían el son del caracol,⁴
Zenzontles⁵ que rimaban sus cantos lastimeros
En la lira de bronce de Netzahualcoyotl.⁶

En mí alientan los ímpetus y anhelos ancestrales
De la Raza dormida. Soy flechador de ideales.
Sobre mi frente el cielo dilata su tisú.

Y yo en un gesto altivo de guerrero y poeta,
Tiendo el arco potente y enclavo mi saeta
En el llameante escudo del rojo Tonatiuh.⁷

¹Ocelotl.—Nombre del tigre, en idioma azteca.

²Ilhuicamina.—Nombre de uno de los emperadores aztecas, que significa "flechador del cielo."

³El de Tilantongo.—El arquero de Tilantongo, nombre de una región del actual estado de Oaxaca, México, fue, según la leyenda, un poderoso guerrero que llegó al valle de Oaxaca, del cual, según las tradiciones, era dueño y señor el propio Sol. El guerrero de Tilantongo desafió, entonces, al Sol a singular batalla para disputarse aquel señorío. Era en la tarde y el sol tocaba ya con su disco el horizonte, próximo a su ocaso. El guerrero, pronunciado su desafío, apuntó al Sol y le disparó una flecha. En ese momento, el astro se hundía tras los montes, con lo cual el guerrero de Tilantongo se dio a sí mismo por vencedor y tomó posesión de la tierra.

⁴Caracol.—Los antiguos indios mexicanos usaban caracoles como trompas de guerra.

⁵Zenzontle.—Ave canora, nativa de América, rival del ruiseñor.

⁶Netzahualcoyotl.—Rey poeta del señorío indio de Texcoco.

⁷Tonatiuh.—Nombre que los aztecas daban al Sol.

LA ENVIDIA

Cuando haya quien te envidie, bate palmas:
la envidia es un termómetro que lleva
nota fiel de los grados que se eleva
tu alma por encima de otras almas.

No desciende la envidia de la nube:
Viene de abajo y nulidad indica.
¡El cieno nunca sube
sino cuando salpica!

Si envidian tu carácter o tu ciencia,
de seguro se sienten inferiores
los que te hacen merced de sus rencores:
la envidia es impotencia!

Fía tu causa a Dios, prosigue ufano
tu camino, y recuerda mientras subes:
del vaho pestilente del pantano
fabrica Dios la gasa de las nubes!

LEY DE AMOR

Dios quiere llevar su mundo
por un camino de amor;
si eres mezquino, egoísta,
le estás estorbando a Dios.

Dios le ha trazado a su mundo
suerte y destino de amor;
si tienes rencor o envidia,
te estás oponiendo a Dios.

Si eres duro, si no amas,
estás combatiendo a Dios.
Dios ama, sirve y perdona:
¡Dios es infinito amor!

SERVIR

Sólo tengo una vida,
una vida nomás.
¿En qué habré de emplearla:
en odiar o en amar?

¿Odio? Ya hay bastante en el mundo,
bastante rencor.
¿Por qué he de aumentarlos,
si lo que hace falta es amor, mucho amor?

Si alguno me ofende,
si alguno procura mi mal,
hay un daño al menos que no ha de causarme
y es hacerme odiar.

Si pienso tan sólo en el bien de los otros
y me olvido de mí,
no hay ninguna ofensa
que me pueda herir.

La vida es tan breve,
y hay tanto de bueno que hacer,
que no tengo tiempo
para aborrecer.

La vida es tan corta,
y tanto hay que servir y ayudar,
que no tengo tiempo
sino para amar,

Yo no quiero riquezas, ni glorias, ni fama,
ni poder para mí:
sólo quiero el gozo
de amar y ayudar y servir.

LA NADA

Yo soy nada, Señor. Mas de mi nada
Tú puedes hacer algo.

En mi opaca gotita
puedes hacer que se refleje un rayo
de tu luz, y se irise de repente
con los siete colores de tu arco.

Tú puedes convertir mi puñadito
de polvo gris, en un poco de barro
y hacer de él entre tus dedos hábiles
humilde vaso
en que dar un sorbito de tu agua
al sediento y cansado.

Tú puedes darle al soplo que es mi vida
fragancias de tu bálsamo,
para llevar alivio a donde azota
de los desiertos el candente vaho.

¡Aquí estoy, gota opaca, polvo ínfimo,
soplo leve! Nada soy. Nada valgo.

Tú puedes hacer algo de mi nada.
¡Hazlo, Dios mío, hazlo!

CUANDO ME LLAMES . . .

Concédeme, Señor, cuando me llames,
que la obra esté hecha:
la obra que es Tu obra
y que me diste que yo hiciera.
Pero también, Señor, cuando me llames,
concédeme que todavía tenga
firme el paso, la vista despejada
y puesta aún la mano en la manquera.

Yo sé muy bien que cuando al cabo falte
mi mano aquí, tu sabia Providencia
otras manos dará, para que siga
sin detenerse nunca nuestra siembra!

LA CABAÑA

Señor y Dueño mío,
cuando las sombras bajan,
y se recuesta a agonizar la tarde
en la vertiente azul de la montaña,
y el aire está cuajado de silencios
y se me va quedando sola el alma,
ven a mí . . . Te convido
a que en mi corazón hagas morada.

Entra, Señor, mas ruégote no mires
cómo es obscura y fría mi cabaña.
En mi fogón ya sólo quedan las cenizas
y ni siquiera aceite hay en mi lámpara.
Más Tú, que eres mi Luz y eres mi Fuego,
en lámpara y fogón harás arder Tu llama.

Entra, Señor. Aquí, junto a la puerta,
deja que te descalce las sandalias,
y que los pies, llagados por mi culpa,
te lave con mis lágrimas,
y que en unción de besos trueque
los óleos y perfumes que me faltan.

Puesta la mesa está . . . ¡pero vacía!
Ya lo ves, mi Señor, no tengo nada.
Sólo podría compartir contigo
mi sed, mi hambre, mi pobreza máxima.
¡Pero sé que en Tu alforja
me traes el pan y el vino, y la sal, y el agua!

De lo tuyo me das, pues todo es tuyo.
De lo tuyo te doy, pues mío es nada.

Tú eres mi huésped y anfitrión y Cena,
Tú mismo te me entregas como dádiva:
¡Tú mismo, Pan de Vida, Vino Eterno,
Cuerpo y Sangre que me alimentan y me salvan!

Y tras el santo y redentor convivio,
quédate, mi Señor: ¡no te me vayas!
Me sentaré a tus pies humildemente,
yo, que soy nada,
para seguir viviendo con Tu vida,
y siendo con Tu ser y con Tu gracia.

Colma de Tu Presencia, Dueño mío,
esta del corazón pobre cabaña,
ya para siempre tuya, pues la tienes
con Tu dolor y con Tu amor ganada.

Estando Tú conmigo, ya no importa
que afuera acabe el día, y que en la opaca
marea de las sombras
naufraque la montaña . . .
¡Cuando la noche al fin en torno impere,
Tú para siempre alumbrarás mi alma!

EL PORTADOR DE LA ANTORCHA

(De Arthur Chamberlain)

—¿Cómo va la carrera, Portador de la Antorcha?

—¡No me hagas detenerme!

Es tan veloz mi curso como volar de flecha;
Fogoso y exultante, salto sobre los fosos;
Al través de la selva voy mi sendero abriendo;
Brinco sobre los baches y los zarzales cruzo,
Con los músculos tensos y con los nervios firmes,
Y el corazón gritándome sin cesar: ¡Adelante!
No puedo detenerme para darte respuesta.

—¿Cómo va la carrera, Portador de la Antorcha?

—¡No me hagas detenerme!

Sellada está mi boca y mi garganta apenas
Puede emitir sonido; mis ojos ha cegado
El sol resplandeciente con su tórrido brillo;
Como lluvia de lumbre, las chispas de la antorcha
Me bañan, y sus fuegos apagan en mi sangre,
Menos caliente apenas que las ascuas que caen.
¡El aliento me falta para darte respuesta!

—¿Cómo va la carrera, Portador de la Antorcha?

—Tambaleante respondo;

Salté sobre las rocas, y hoy me tropiezo en ellas;
Me derriban malezas que una vez destrozara
Sin esfuerzo ni pena. La antorcha, medio extinta,
Quema la mano fuerte que la conduce en alto;
Fiero dolor me acosa; mas no importa, si logro
En las manos ponerla del siguiente relevo . . .

—¿Cómo va la carrera, Portador de la Antorcha?

—¡La carrera prosigue y el santo fuego avanza!

Terminé mi relevo, y ahora me desplomo
Fláccido, sobre el césped, a un lado del camino.
¿Por mi bregar me alabas? ¡Calla! Las fuerzas me abandonan,

Mas tú no estás cansado: escudriña el camino,
Mira bien, y asegúrate si va en alto la antorcha
En las manos del otro corredor. No hagas caso
De mi vida ofrendada con placer en la brega.
¡Sólo importa una cosa: que la antorcha encendida
Vaya siempre adelante!

CRISTO

(Pensamiento de Howard S. Bliss)

¿Escuchas a Sus pies la melodía
De Su Voz explicarte los divinos
Misterios de la Vida y de la Muerte?
¡Llámale entonces tu Maestro y síguelo!

Sellada está mi boca y mi garganta apenas
Puede emitir sonido; mis ojos ha cegado
El sol resplandeciente con su tórrido brillo;
Como lluvia de lumbre, las chispas de la antorcha
Me bañan, y sus fuegos apagan en mi sangre,
Menos caliente apenas que las ascuas que caen.
¡El aliento me falta para darte respuesta!

—¿Cómo va la carrera, Portador de la Antorcha?

—Tambaleante respondo;

Salté sobre las rocas, y hoy me tropiezo en ellas;
Me derriban malezas que una vez destrozara
Sin esfuerzo ni pena. La antorcha, medio extinta,
Quema la mano fuerte que la conduce en alto;
Fiero dolor me acosa; mas no importa, si logro
En las manos ponerla del siguiente relevo . . .

—¿Cómo va la carrera, Portador de la Antorcha?

—¡La carrera prosigue y el santo fuego avanza!

Terminé mi relevo, y ahora me desplomo

Flácido, sobre el césped, a un lado del camino.

¿Por mi bregar me alabas? ¡Calla! Las fuerzas me abandonan,

Mas tú no estás cansado: escudriña el camino,

Mira bien, y asegúrate si va en alto la antorcha

En las manos del otro corredor. No hagas caso

De mi vida ofrendada con placer en la brega.

¡Sólo importa una cosa: que la antorcha encendida

Vaya siempre adelante!

CRISTO

(Pensamiento de Howard S. Bliss)

¿Escuchas a Sus pies la melodía
De Su Voz explicarte los divinos
Misterios de la Vida y de la Muerte?
¡Llámale entonces tu *Maestro* y síguelo!

¿En las lóbregas sendas escarpadas
Lo ves, cabe los hórridos abismos,
Siempre ante ti, sereno y luminoso?
¡Llámale *Guía* y sin temores síguelo!

¿Eres siervo de todas tus pasiones,
Esclavo miserable de tus vicios,
Y El quebrantó tu yugo y tus cadenas?
¡Llámale tu *Libertador* y síguelo!

¿Enjuga acaso tus ardientes lágrimas
Y es su seno a tu sien caliente abrigo
Cuando el dolor tu corazón destroza?
¡Llámale *Amigo* celestial y síguelo!

¿Bajo su cruz, la carga de tus culpas
Pusiste, pecador arrepentido,
Y El te salvó de todos tus pecados?
¡Llámale *Salvador* y amante síguelo!

¿Quieres cumplir Su voluntad a diario
Y sin dudas, reservas ni egoísmos
Te has dado todo a El como holocausto?
¡Llámale *Amo* y *Señor* y humilde síguelo!

¿En angustioso afán te preguntabas
Qué es el Hombre, su Origen, su Destino,
Y El con Su vida despejó el Misterio?
¡Llámale *Hijo del Hombre* y siempre síguelo!

¿O fue tu enigma la Potencia oculta
Que llena con Su gloria el Infinito,
Y—¿Quién es Dios? ¿Quién es Dios?—interrogabas
En vano al sabio, al hierofante, al místico,
Hasta que en El hallaste la respuesta?
Llámale *Hijo de Dios* . . . ¡y siempre síguelo!

Mas puede ser que cuando en El medites

No acierte tu lenguaje a definirlo.
Entonces . . . ¡calla! Cuando el alma adora
Parece el eco de la voz sacrílego;
El culto que Le rinden las estrellas
No por muy silencioso es menos vivo,
Y El "habita en silencio—dice un santo—
En los cielos altísimos."*

¿Sientes y amas al Ser que va a tu lado,
Siempre cerca de ti, siempre contigo?
No necesitas, pues, de las palabras;
¡Te basta con amarlo y con sentirlo!
Calle el labio importuno
Y en silenciosa devoción rendido,
Deja que los demás le busquen nombre:
Tú no le des ninguno . . . ¡pero síguelo!

*S. Agustín, Confesiones.

COMUNION EN CRISTO

(De John Oxenham)

En Cristo no hay oriente ni occidente,
ni sur ni norte que amenacen guerra,
sino una comunión de amor ferviente
que abarca en plenitud toda la tierra.

En El su comunión alta y serena
hallarán los sinceros corazones.
Su servicio es la aurífera cadena
que une a la humanidad sin excepciones.

Unidos, pues, en comunión sagrada,
vayamos al Señor, mano con mano.
La raza y el color no importan nada:
¡El que sirve a mi Padre, ése es mi hermano!

CANTO A LOS MARTIRES

(A Manera de Hexámetros Latinos)

No a ti las rútilas cuerdas de tu altísima lira
Ni el áureo divino plectro demando, rubio Apolo.
Ni a ti los campestres sonos de la rústica avena
Que a pávidas ninfas prende con melodiosos lazos
¡Oh Pan, oh rey caprípede de la selva sonora!

No anhelo el mágico sorbo de las linfas castálidas
De que bebieran aquellos que calzaron coturno,
¡Oh Piérides, luz y gracia del helénico mito!
Ni homéridas ritmos quiero de los viejos rapsodas
Ni estrofas del dulce Píndaro ni los sáficos versos!

No canto a Afrodita bella ni a Atenea ni a Here;
Ni al arca feral de Diana ni a la pica de Ares;
Ni de los místicos bosques los sonrisueños cuadros;
Ni los excelsos festines de las cumbres olímpicas
Ni al vino de Lesbos ni a la gloria ínclita de Atenas.

¿Cuál es vuestro nombre, Musas, blancas Musas cristianas?

Dictadme estrofas que tengan suavidades de incienso,
Ternura elegíaca y sonos de trompetas triunfales.
Mi alma te quiere ¡oh ritmo! suave, tierno y alado.
¡Encierren mi canto tus aristas lucias de oro!

* * *

¡Oh Mártires santos! quiero llegar hasta vosotros
Con mística unción—ya todos os volvisteis divinos—;
Con tierno dolor—¡ay, todos hondamente sufristeis!—;
Con voz de epinicio—¡todos al morir conquistasteis
Espléndido triunfo, eternos y floridos laureles!—

Tú el primero, Señor . . . Sobre la cumbre del Calvario.
Mostraste tu herido pecho . . . Pungía tu alba frente
Corona de aduncos cardos, símbolo del martirio . . .

Tú el primero, Señor, en rojo escribiste tu nombre.
Con tu sangre se abrió la lista, en el Gólgota cruento!

Por ti, oh Mártir Divino, por tu Nombre y tu Causa,
La senda que Tú marcaste con tu sangre gloriosa,
El áspera cruz al hombro, ¡cuántos han transitado!
Y tu bautismo sangriento, ¡cuántos, ay, compartieron!
¡Oh, cuántos tu amargo cáliz, ay, también han bebido!

El Circo repleto estaba—pudibundas doncellas—
Y ante los lúbricos ojos de la plebe romana,
Rota la túnica nívea, castas y erubescuentes,
Caísteis de hinojos. Luego, vuestros cuerpos desnudos
Rasgaron hambrientos leones con sus feroces dientes.

¡Oh púdicas vírgenes! ¡Oh niños! ¡hombres! ¡ancianos!
¡Matronas augustas! ¡cómo las turbas aplaudían,
Mirando a las nubias fieras con subitáneo salto
Caer sobre el grupo inerme para saciar su furia
Y vuestros himnos ahogar y preces con sus crueles zar-
pazos!

Inverecundas bacantes el jardín neroniano
Llenaban de gritos, ebrias, y de impudentes danzas;
Las cráteras daban vino y el vino desenfrenos,
Y mientras libidinosos los próceres aullaban,
Las antorchas humanas vivas ardían . . . ¡cómo ardían! . . .

¡Cuán largo desfile pasa tras de ti, Jesucristo!
Grandioso y noble concurso de perilustres mártires
—Oh sombra de Huss, oh espectros de la Saint Barthe-
lemy—

Que hermana al través del tiempo, como en arco lucífero,
Las cruces más célebres con las cruces anónimas!

¡Oh Patria! también tú has dado floraciones ubérrimas
De vivas rosas de sangre, como has dado laureles.
En tu fauna simbólica tienes belígeros leones,
Aguilas triunfatrices, tigres de frémitos sordos
Y tienes también tus blancos, degollados corderos . . .

Dilacerados, rigentes, con la pupila al cielo
Como expresión postrera de una esperanza inmutable,
Nuevos cadáveres tiende la Bestia apocalíptica,
Y así cada día aumenta la hueste de testigos
Que marcha tras Cristo con sus palmas fúlgidas batiendo!

Regad sangre, regad ¡oh victimarias multitudes!
Así cosechas ópimas tendrá el Labrador Divino,
Pues cada golpe que asestan vuestras seguras bárbaras
Es como golpe de arado que abre tierras estériles.
¡Y el riego de sangre los desiertos yermos fecunda!

¡Oh mártires! ¡oh luminosas víctimas! ¡oh antorchas
Flamíferas de amor en las tinieblas de la Noche!
¡Oh cumbres altas que los besos de Dios iluminan!
Vuestras frentes fulguran inmaculadas y albas
Como triunfal procesión de radiantes estrellas!

Sembrasteis amor inmenso, pero segasteis odio;
Fue de flores la siembra, mas la cosecha de espinas,
Y vuestro: "Señor, perdónalos; no saben lo que hacen"
Corearon toscas blasfemias, y protervo tumulto
Consumó con salvajes rugidos su horrendo crimen.

Empero, como las águilas invictas de los cielos,
Que sobre el légamo tienden las luminosas alas,
Raudas emperatrices de los azules dominios,
Así sobre el cieno inmundo de sus odios feroces
Abristeis gloriosos vuestros pálidos brazos sangrientos.

En la pátera roja vuestro corazón pusisteis,
Hostias de píxides impías fueron vuestros cuerpos,
Y el Evangelio escribisteis—¡oh múrice escritura!—
A modo de letras rojas de los viejos misales,
Con sangre: ¡las letras únicas que no se borran nunca!

No vuestro nombre exaltan ni bronces ni brocateles,
Mas qué sabemos nosotros si Dios con vuestra sangre
Renueva acaso crepúsculos en otros horizontes,

Si en otro cielo la ha puesto como una Vía fúlgida
O con ella prepara arreboles al Ultimo Día.

¡Oh solitario de Patmos! ¡oh explorador celeste!
¡Oh Milton sublime! ¡Oh taciturno florentino!
Sólo el estro podría que ardió en vuestros altos cantos,
De los cristianos mártires describir la apoteosis
Allá en la Ciudad Celeste al cumplirse los tiempos!

Calle mi lira inacorde. Dormid en paz ¡oh mártires!
Vuestro martirio es simiente que rinde eternos frutos
Y un día os verán radiosos ascender los espacios
Y en el seno de Dios posar la frente victoriosa
Que habrá de ceñirse eterna la Corona de Vida!

IMPRONTAS BIBLICAS

(Mujeres de la Biblia)

1. *En Cera Roja.*

LA MUJER DE LOT

La flamígera lluvia desciende a torrentes
Inundando los campos con hórrido estruendo,
Y Sodoma y Gomorra perecen gimiendo
En oleadas de lumbre de linfas candentes.

El incendio fornáceo, con lenguas ardientes,
Humarazos gigantes eleva rugiendo . . .
¡Es la ira de Dios, que en un gesto tremendo,
Hace expiar el pecado, con manos urentes!

Huyen Lot y sus hijas con rostro cetrino,
A Zoar, que perdona el castigo divino,
Mientras el cielo su fuego fragoso desploma.

Y en mitad de la senda abandonan llorando
Una estatua de sal que se queda mirando
Las caldeadas llanuras que van a Sodoma.

JEZABEL

Allí está . . . Junto al trono de Acab el impío . . .
Maquinando crueldades: la mano crispada . . .
Con horrible fijeza la fría mirada . . .
Contraído el semblante en un gesto sombrío . . .

Persiguió a los profetas y a Elías el pío,
Con delicia feroz de pantera exaltada!
No conoce piedad en su furia malvada,
Y es un ansia de sangre su cruel desvarío!

Jezabel. ¡Oh princesa de torva pupila!
Mucha sangre tu negra conciencia destila;
Ya Naboth sucumbió a tus rastros intentos . . .

Jezabel. ¡Oh princesa de crenchas oscuras!
Un tropel furibundo de perros hambrientos
Rasgará de tu cuerpo las carnes impuras!

SALOME

¿Es mujer o serpiente? Su cuerpo se enarca
Como un haz convulsivo de ofidios rabiosos,
Y se encurva y se enhiesta con giros sinuosos
Frente al trono de Herodes el viejo Tetrarca.

Las rotundas caderas, impúdico marca
El ardiente vaivén de los muslos briosos,
Y en las hondas ojeras, los ojos estuosos
Su pupila chispean fatídica y zarca!

Así danza febril Salomé tentadora,
Y sus mórbidas carnes ansioso devora
El caduco magnate con lúbrica vista . . .

Y en instantes de loco y ardiente arrebató,
Como trágico premio le cede en un plato
La sangrienta cabeza de Juan el Bautista.

II. *En Cera Pálida.*

SARAI

Una undosa llanura en Canaán. Es la hora
En que tardos rebaños opacan la senda.
Entre besos y risas a humilde vivienda
Van alegres un niño y su madre pastora.

Con tristeza los mira Sarai la señora,
Desde el toldo brillante y triunfal de su tienda.
"Aún le falta un tesoro a Abraham en su hacienda"
Se le escucha decir, y parece que llora.

En el seno del alma, gentil cabecita
"¡Madre, Madre!" con voz cariñosa le grita:
Mas no pueden cumplirse sus tiernos anhelos! . . .

Y entre tanto Sarai a Yahvéh llora y clama,
El sol muere en espasmos de luz y de llama
Y una lágrima, Venus, destilan los cielos . . .

LA HIJA DE JEFTE

¡Morir! . . . Y cuando tienden las alas sus ilusiones
Y en sus mejillas hay un tesoro de erubescencias . . .
Cuando a su paso la flor respira gratas esencias
Y en sus oídos rima la vida melifluos sonos;

Cuando sus ojos, como alfaguara de ensoñaciones,
En dulces chorros van desbordando sus transparencias
Y cual la savia de las ubérrimas frondescencias,
Corre su sangre con ardorosas palpitaciones . . .

Ya que es preciso rendir la ofrenda del voto infausto
Y ser la tierna víctima blanca del holocausto,
Dejadla al menos llorar su nívea virginidad.

Dejad que vaguen tornando en llanto sus amarguras,
En triste coro, las afligidas vírgenes puras
Entre los montes inflorescentes de Galaad . . .

LA ADULTERA

I

Y llegóse la turba farisea
Como torrente de rencor, trayendo
Una mujer tomada en adulterio . . .
Y un clamor iracundo de tormenta!

Con bárbaro ademán la arrastran. Ella,
Pálido el rostro, los cabellos sueltos,
Salpica con sus lágrimas el suelo
Mientras el tumulto atronador la increpa . . .

Se llegan a Jesús y sus semblantes
Sin amor ni piedad, hacen contraste
Con la tierna sonrisa del Mesías . . .

—Maestro, adulterando fue tomada
Esta mujer. La ley manda apedrearla.
¿Tú qué dices?—tentándole decían.

II

Jesús trazaba letras en la arena . . .
Sobre el cielo pasaban y pasaban
Llevadas por los aires, nubes blancas
Como una procesión de la Inocencia . . .

En el fondo incrustraba su silueta
El Olivet; ellos perseveraban
Pidiendo de Jesús que les hablara . . .
Jesús trazaba letras en la arena . . .

La Pecadora estaba de rodillas
A los pies del Maestro, sollozando,
Jesús alza la vista . . . la contempla . . .

Y a Fariseos díceles y a Escribas:
—¡Si alguno de vosotros no ha pecado
Venga y arroje la primera piedra!

III

Y volviendo a inclinarse, Jesucristo
Escribía en la tierra con el dedo . . .
Callaron en oyéndole . . . A ellos
Su conciencia culpábales a gritos!

Entonces, uno a uno, redargüidos,
De la presencia del Señor salieron,
Primer los viejos, hasta los postreros . . .
Solos quedaron la mujer y Cristo . . .

Jesús miró . . . Tan sólo desgranaba
La pecadora su sartal de lágrimas . . .
—¿Dónde están, oh mujer, los que te acusan?

¿Ninguno te condena? —No . . . ninguno . . .
Entonces El le dice con ternura:
—Vete y no peques más . . . ¡Ni yo te culpo!

LAS MUJERES ANTE LA CRUZ

Un frémito insolente de cóleras y enojos,
Desgarrando los aires, de entre la turba brota
Y cual látigo ustorio las blancuras azota
De la frente que ciñe la corona de abrojos.

El amor del Maestro, que derraman sus ojos,
Como dulce bandera sobre la turba flota,
Mientras de sus arterias el alfaguara rota,
Besa la cruz oscura con sus raudales rojos.

Unas tristes mujeres, en grupo solitario,
Lloran el espantoso martirio del Calvario,
Sus manos retorciendo con angustias mortales . . .

Y sienten en su seno tormentos escondidos,
Como si les hendieran los pechos doloridos
Las afiladas puntas de setenta puñales!

MARIA DE BETHANIA

Dulcemente,
Soñando con el alba y las estrellas,
Se dormían los lirios
En el borde brumoso de la senda . . .
Del Olivet en la aromosa cumbre,
La tarde, en soñadora transparencia,
Dejó su beso de oro rielando
En el suave vaivén de las palmeras.
En todos los jardines de Betania
Se durmieron las flores soñolientas,
Y con su melancólica ternura,
Contemplando la gloria postrimera
Del sol agonizante, parpadearon,
Su pupila rizando, las cisternas.
Ya la noche asomaba por el Orto
Su rostro de tinieblas,
Ya las mozas volvían de la fuente,
Ya entraban al aprisco las ovejas.
¡Oh la adorable calma vespertina
Del crepúsculo de oro, que se eleva
Como un suspiro blando de este dulce,
Primaverál paisaje de Judea!

En casa de Simón Leproso, toma
Jesucristo la cena . . .
Todo El irradia luz . . . Brilla la luna
En su frente de albúfera pureza.
Sin embargo, Jesús estaba triste;
La cruz se erguía cerca,
Y en el fondo del alma del Maestro
Fulguraba su pálida silueta! . . .

Y llegó la dulcísima María . . .
Vaso humano de esencias . . .
Alma en que florecían los amores,
Como en Sarón las rosas tremulentas . . .

Como trigo dorado sus cabellos;
Su frente como valle de azucenas;
Sus párpados cual párpados del alba,
Bajo el arco de sombras de sus cejas;
Sus ojos como tarde del Otoño,
Con una ensoñación de Primavera;
Su mirar, como el sol que de mañana
Resplandece con fuerza;
Sus mejillas, bandada de palomas
Que en la aurora de rosas aletean;
Sus labios como grana que destila,
Como caña aromática y canela,
Como panal de miel que trabajaron
Del amor las purísimas abejas;
Su barba como almendro florecido;
Su cuello como torre marfileña;
Su andar como las gamas de los campos,
Como andar de las ciervas
En huertos olorosos;
Su voz como de tórtola que vuela,
O posa entre las ramas florescentes
De solitaria higuera.
Toda ella preciosa más que plata,
Y más que las palomas que se sientan
Junto a arroyos de aguas transparentes
O en paraje escondido de las peñas! . . .

Se acercó quedamente . . . En sus manos
Que el marfil envidiara, la terneza
Puso el ebúrneo vaso de alabastro . . .
Y suave y silenciosa en su modestia,
Se arrodilló frente al Rabí divino
Y en sus liliales pies regó la esencia
Del ungüento de nardos, y limpiólos,
Bañándolos de oros y de sedas,
Con la gloria brillante
De su rubia y rizada cabellera . . .

El Mesías sonrió . . . sonrió dulcísimo . . .
Y de la cruz la pálida silueta,
Se veló con el manto de ternura
Que desplegó la virgen de Judea!

Afuera, en el regazo de la noche
Y en medio del silencio de la tierra,
Como otro vaso de alabastro inmenso,
La luna apareció entre las tinieblas.
Un pájaro trino entre los olivos;
Sacudieron su frente las palmeras;
En todos los jardines de Betania
Despertaron las flores soñolientas;
En el valle lejano parpadearon
Su pupila de plata las cisternas;
Despertaron los lirios que dormían
En el borde brumoso de la senda
Y hubo en medio del cielo entenebrido
Un luminoso florecer de estrellas! . . .

III. *En Cera Azul.*

EVA

Blanca como los lirios de veste sedosa,
Que en los valles exhalan su salmo de albura,
Hecha toda de besos la ideal hermosura
De su cuerpo impoluto de virgen y diosa.

Sus cabellos la noche besó tenebrosa,
Fue de besos de luna su láctea blancura,
Y sus tersas mejillas de núbil frescura
Coloreó con un beso el crepúsculo rosa.

Como un sueño de Dios, incarnal y purísimo,
A la vera descansa su cuerpo castísimo
De un riachuelo que bulle con aguas tranquilas.

Y al mirar en el Arbol la oscura Serpiente,
Tembloroso se agita su mármol viviente
Y un relámpago surca sus negras pupilas!

LA HIJA DEL FARAON

La princesa egipcia se lava en el Nilo
Y un desbordamiento de lautos fimbriales,
Joyas, abanicos y finos cendales
Copian las movibles ondas de berilo.

Las aguas resbalan con ritmo tranquilo . . .
Y albean inmóviles en los carrizales
Los íbises sacros, las garzas reales,
Que hallan a su sombra sustento y asilo.

Después, al pasear el cortejo en la orilla,
Miran en las linfas una canastilla
Y en su seno escuchan un llanto infantil;

De allí toma a un niño la dulce princesa
Y con gran ternura lo estrecha y lo besa
Entre las etiópicas risas de marfil! . . .

ANA

En un grito supremo de gozo profundo,
De sus labios estalla la flor encendida . . .
Tierno ser en su estéril matriz bendecida
Palpitó con extraño latido profundo.

¡Ya! ¡Por fin! En el Templo, con son gemebundo,
Su plegaria a Yahvéh levantó conmovida,
Y un oasis derrama su espléndida vida
En el triste arenal de su vientre infecundo!

Y Ana cae de rodillas y trémula canta,
Como el ave que a Dios sus canciones levanta
Al surgir a la luz su nidada primera . . .

Sólo Dios pudo hacer, al brindarle un retoño,
Que en las tardes sin sol de un tristísimo otoño
Germinara una brava y triunfal primavera!

LA SAMARITANA

Como en diafanorama de vivos clarores,
Junto al pozo, Jesús; la mujer, a su vera.
En el fondo una palma de grácil cimera
Y un rebaño triscando en los frescos alcores.

La mujer: brunos ojos de ardientes fulgores;
Como río abundoso, gentil cabellera
Que de sedas inunda los hombros de cera
Y la túnica gaja de vivos colores.

Jesús habla del Agua Eternal . . . Su ropaje
Inconsútil, blanquece el sereno paisaje . . .
La mujer como en éxtasis oye al Ungido . . .

Y hasta el pozo israelita de linfa tranquila,
Al oír al Maestro se queda abstraído
Y en los cielos incrusta su absorta pupila . . .

IV. *En Cera Dorada.*

RUT Y NOEMI

“¡Así unidas! ¡Así para siempre! No llores.
Ante el Dios que tú adoras caeré yo de hinojos.
Si tu vida laceran agudos abrojos
Yo ungiré tus heridas con óleo de amores!

Donde fueres iré aunque encontrare dolores;
Te daré, si te falta, la luz de mis ojos,
A tus lacias mejillas daré mis sonrojos,
A tu tronco inflorido mi puño de flores . . .”

Dice Rut, y en un beso sus almas confunden.

Desde entonces sus vidas en una se funden:
¡Un manojo de luces y un cirio que arde,

Una rosa de amor y una lágrima fría,
Una azul juventud que se incendia en el día.
Y una opaca vejez que se extingue en la tarde!

LAS DOS MUJERES

Salomón, fulgurando faustosa perlería,
Se baña en la blancura del trono de marfil,
Con glaucias esmeraldas de tierra de Etiopía,
Con púrpuras de Tiro y con oro de Ofir.

Un infante en las manos de un guerrero salvaje . . .
Una mujer, llorando, arrástrase a sus pies . . .
Otra mujer, ceñuda, pide que al niño taje
El acero siniestro del verdugo del rey . . .

Salomón da su fallo . . . Como loca vehemente,
La verdadera madre toma al niño inocente
Y lo estrecha en sus brazos con anhelante amor . . .

La impostora es echada, cual inútil escoria . . .
Y al monarca coronan de magnífica gloria,
Como un halo invisible, las sonrisas de Dios!

LA VIUDA DE LA OFRENDA

. . . Y era el pan de sus hijos . . . Así lo sabía
El Maestro Jesús, que alababa a la pobre
Cuando sólo dos blancas humildes de cobre
En el gazofilacio del Templo ponía.

Era el pan de sus hijos . . . De noche y de día,
Oponiendo al dolor resistencia de robre
Y enjugando, abnegada, su llanto salobre,
A la horrible laceria con fe combatía! . . .

Muchas noches pasó de vigilia y de duelo,
Muchos días pasó en que, sin pan ni consuelo,
La inocente familia en su seno lloraba . . .

Y después de esas noches de largo desvelo,
Y después de esos días de gran desconsuelo . . .
¡Era el pan de sus hijos la ofrenda que daba!

V. *En Cera Blanca.*

LA SULAMITA

¡Cuánto mejores son que el vino de Tarsis tus amores!
¡Tú eres el lirio de los valles, la rosa de Sarón!
¡Como panal de miel, tus labios destilan sus dulzores,
Y eres morena cual las tiendas del rubio Salomón!

Es el olor de tus unguentos mejor que las mejores
De las especias aromáticas del rico Meridión;
Tienen tus dientes, de la leche los límpidos blancos
Y son tus ojos, transparentes cual piscinas de Hesbón.

Huerto de cánforas y nardos, exhalan tus olores;
Son tus renuevos paraíso de aromas y colores,
¡Oh la más bella entre las bellas doncellas de Sion!

¡Cuánto más dulce es tu sonrisa que el néctar de las
flores!
¡Cuánto mejores son que el vino de Tarsis tus amores!
¡Oh blanco lirio de los valles! ¡Oh rosa de Sarón!

LA MUJER FUERTE

Mujer fuerte ¿quién puede encontrarla? Su estima
Sobrepuja en gran modo a las piedras preciosas.
Mientras giran la rueca sus manos virtuosas,
La faena doméstica impulsa y anima.

Ni fatiga, ni esfuerzo, ni lucha escatima.
Si es en bien de su hogar, no hay tareas penosas;
Y es así como torna los cardos en rosas
Y convierte la yerma heredad en opima.

A los pobres extiende su pródiga mano
Y es honor de su esposo; feliz él y ufano,
En las puertas la encomia por sabia y por tierna . . .

Engañosa es la gracia y fugaz la hermosura . . .
Fortaleza y virtud, la mejor vestidura . . .
¡La hermosura del alma es la única eterna!

MARIA, MADRE DE JESUS

(Cantar de Cantares)

¡Salve, Virgen María! ¡Salve, sonrisa del alba!
Espiritual capullo de Primavera florida,

¡Tus cabellos! . . . Al Grande Río los he comparado
Y al que baña la tierra de Mizraím con sus aguas.

Semejantes a cascada que da a un valle de lirios
Y a manantiales que riegan un campo de azucenas.

He aquí son tan finos como la seda de Arabia,
Más delgados que el hilo de las arañas del huerto.

¡Tu frente! . . . Sin mancha como el corderillo de Pas-
cua;
Más blanca que el efod de los Sacerdotes del Templo.

¡Tus ojos! . . . Tranquilos como remanso del Jordán,
Bajo la sombra de los sauces y de las adelfas.

Suave como el unguento de esencias es su mirar;
Hermosos más que la luz y que los rayos del sol.

¡Tus labios! . . . Rojos como la sangre de los cabritos
Que son sacrificados en expiación a Yahvéh.

Como los granos rojos de las granadas maduras,
Que se entreabren sonriendo durante el mes de Elul.

Deliciosa es tu sonrisa más que miel de panal;
Deseable más que la lluvia en sequedad de Estío.

¡Tus dientes! . . . Más blancos que alas de los querubines
Y más que la flor de los verdegueantes limoneros;

Más que el lino sin manchas que viene de Mizraím;
Más que la nieve de las altas cumbres de Hermón.

¡Tu voz! . . . Como trino de pájaro. Y tu garganta
He aquí es más armoniosa que el arpa de David.

¡Tus manos! . . . ¿A qué compararé tus manos preciosas?
No son comparables con las flores de los almendros;

Rubor subió sobre de ellas a causa de tus manos;
Avergonzáronse a una; turbación las cubrió.

Más blancas son que la cera, la blanqueada al sol;
Suaves y tibias como las plumas de las palomas.

Son preciosas y finas, más que la plata de Tarsis;
Más que piedras preciosas y que el oro de Ufaz.

He aquí descendieron acariciando los rizos
Del niño Jesús, allá en el hogar de Nazaret,

Como cabras de Galaad que descienden en manadas
Por la dorada falda de los montes en otoño.

Como palomas que anidan en los áureos trigales,
Así fueron tus manos blancas entre sus crenchas rubias.

¡Y tus pies! . . . A marfil con incrustraciones de nácar
Los he comparado, ¡oh virgen hija de David!

Como pétalos de rosa caídos en la nieve;
Manojito de nardos de los jardines del rey.

Tibios más que el seno de las tórtolas en el nido,
Más delicados que las alas de las mariposas.

Toda tú bienvenida, ¡oh hija de reyes!
Nardo que emanas la esencia divina como aroma.

Tu perfume es olor de suavidad, como el incienso
Que el sacerdote quema en el altar ante el Santísimo.

La virtud del Altísimo te hizo sombra, María,
Y se hizo en ti conforme a la palabra del Señor.

¡Salve muy favorecida! El Señor es contigo.
¡Llena eres de gracia! ¡Bendita entre las mujeres!